

Los conquistadores.

Tercera parte.

conquistadores

FSAS
031

Ojo

No olvidar añadir que hallan canchales
con la corteza de un árbol llamado Moume
(Cartas de Humboldt) p. 85.

FSAS

031

Tercera parte.

Federmann.

Capitulo 1.

Unarima.

El saco y el rancho fue tan bueno
 que se les descubrió lo mas recluso ;
 Lo suyo recogieron y lo ajeno
 Aplicaron tambien para su uso. (Castellanos)

En el centro de un valle circundado de
 altos peñascos y grandes árboles se veia á fi-
 nes de 1536 un pintoresco lago como de unas
 dos millas de circunferencia, de forma un
 tanto ovalada y en cuyo centro habia dos
 islitas divididas por un estrecho caño.... Las
 orillas del lago y las de las islas estaban
 pobladas de juncales y gran numero de
 plantas acuaticas, muchos animales diver-
 sos parecaban por encima de sus enmara-
 ñados

bordes y nadaban entre las tranquilas aguas.

Después de dorar las altas cumbres y atormentados picachos de aquellos cerros, el sol bajó en seguida al valle e iluminó con una repentina lluvia de oro el gracioso lago y preciosas islas que parecían dos esmeraldas engastadas en diamantes. Cien clases de garras blancas, flamencos de plumaje anaranjado y patos silvestres se levantaron entonces del centro de una de las islitas y atravesaron las aguas, unos á nado y otros volando, rozando el lecho brillante de la laguna, mientras que multitud de guacamayos, loros y pericos y otros pájaros se elevaron en el aire, saliendo de sus nidos en medio de las ramas de los árboles; chillando unos y cantando otros fuéronse á los vecinos cerros á buscar alimentos, dejando apenas en el nocturno albergue á los pajarellos cuyos hijuelos no les permitían alejarse demarado de su lado.

Una de las islas estaba cubierta de rocas y grandes piedras caídas seguramente, mer-

á algun cataclismo, de los cerros circunveci-
 nos hasta el fondo del valle, y tanto estas
 como las floridas ceibas, guacimos, acacias
 y otros árboles que crecían entre las revuel-
 -tas rocas parecía que eran propiedad ex-
 -clusiva de los pájaros del cielo y de los rep-
 -tiles de la tierra. La otra islilla que ten-
 -dría unas cien varas por cada lado, era com-
 -pletamente llana y estaba perfectamente
 cultivada; veíase un maizal, un pequeño
 platanar, un yucal y algunos árboles de totu-
ma; anones, hobs, y otras diverras frutas.
 Estos últimos sombreaban una pequeña aun-
 -que aseada choza, cubierta de ^{espada} paja de la que
 crecía en las orillas del lago, y cuyas pare-
 -des eran un enrejado de juncos.

Cerca de la entrada de la choza se veía
 una mujer casi desnuda, moliendo maiz, con
 la espalda vuelta á la nascente luz, y en
 el interior de la carita dormía en una ha-
 -maca tejida ~~de~~ algodón un indio viejo,
 que pasaría de cien años de edad, porque te-
 -ma

la cabeza cubierta de canas á pesar de los fuertes y robustos miembros que todavia ostentaba en su ancianidad. Ademas de esta mujer y este anciano se veia á pocos pasos de la choza á un indiochillo de ocho á nueve años de edad que alzaba una candelada encendida á la sombra de una roca cóncava que servia de cocina á la familia, y más lejos otros dos muchachos que espantaban, dando gritos, á los pericos que deseaban almorrar oportunamente aprovechándose de las marorcas del mairal. Debajo de la hamaca del indio dormido veíase á otro niño de cinco á seis años, inmóvil y callado, cuyo triste aspecto daba pena y causaba extrañeza.

En ese momento se oyó un ruido enteramente desconocido en aquel punto; parecióles á los habitantes de las islas que aquello sonaba como un trueno sordo repetido varias veces por los ecos del valle. Volaron chillando alarmados los pájaros de los vecinos borques y vióse elevarse por entre los arboles de la orilla del

Lago un humo ligerísimo que desapareció prontamente en el aire. Despertóse el indio viejo y levantándose salió de la chosa; la mujer que molía el maiz se volvió y sombreándose los ojos con el torneado braso miró hacia el punto en que se oyó retumbar el extraño ruido; los tres indiecillos que se ocupaban en las faenas domésticas corrieron a las orillas del agua, y mientras que el mas pequenuelo, que no se habia movido de su puesto, rompió a llorar sin saber por qué.

Pocos momentos despues se presentaron en la márgen del lago una partida, como hasta de doce españoles, que eran los que habian disparado los mosquetes sobre una bandada de pájaros, interrumpiendo dolorosamente la tranquilidad de aquel sitio.

El indio viejo permaneció inmóvil como una estatua y fué tal su sorpresa que no pensó siquiera en ocultarse ante aquellos hombres barbados y cubiertos de vestidos

que producian el trueno; los tres indiecillos, aterrados, corrieron á ocultarse en la parte más enmarañada de la vecina isla, teniendo uno de ellos suficiente presencia de ánimo para quitar la viga que servia de puente entre las dos islas. La mujer se metió á la chora con el cosho inmutado y temblando y el niño pequeño se asió de ella y en sus brazos no volvió á llorar.

Entretanto los españoles tambien se habian quedado suspensos contemplando aquel pequeño oasis en medio del agua. (1) Pero lo que más les llamó la atención fueron las sementerillas que veían en la isla más grande. Era este un descubrimiento que el Capitan Martinez habia enviado del Touyo á buscar comidas para racionar la tropa.

— Pero cómo haremos para pasar al otro lado? dijo

(1) Este lago no existe ya hoy dia y se ha secado merced á los desmontes europeos y á los terremotos que suelen asolar aquellas tierras.

uno de ellos.

- Si no hay otro medio será preciso atravesar á nado el corto trecho que nos separa de la isla, contestó el que comandaba el destacamento, llamado Juan Fuerte.

- En eso no veo dificultad; dijo Miguel Holquin, pero cómo traer aquí el maíz y la yuca y demás alimentos que allí encontrémos?

- Aquí hallé una canoa! exclamó otro de los soldados.

Efectivamente un hijo del anciano indio que se había ido á un pueblo vecino el día anterior, había dejado desgraciadamente una canoa oculta entre los juncos.

Como á lo más cabían tres personas en aquella embarcación hecha de un tronco de árbol no muy grueso, fué preciso hacer varios viajes antes de que pasaran todos los invasores. Según las costumbres inhumanas de los conquistadores, apenas pusieron el pie sobre la isla cuando emperaron á apoderarse de cuanto encontraron, delante de los ojos del desgraciado anciano que los miraba sin pestañear, creyéndose presa de una horrible pesadilla.

Cuando los españoles hubieron arrasado el maíz y el yuca, bajado todos los racimos de

platanos que encontraron y las frutas que hallaron á mano, pusieronse á examinar lo que contenia la chora. El indio estaba mejor vestido que la generalidad de los habitantes de aquellas comarcas, pues tenia un quayuco de tela de algodón adornado con un fleco hecho con pepitas negras y coloradas, y en torno de los brazos pintados de ocre y negro llevaba un sartal de las mismas pepitas que alternaban con pedacillos de oro de formas diferentes.

Arrebatóle Juan Fuerte al pobre anciano sus brazaletes, sin tomarse la pena de pedirselos y después de que hubieron examinado el oro con señales de alegría preguntáronle con palabras y con señas si tenia más cantidad de aquel metal en su chora. El indio no contestó nada porque no les entendia, y lo mismo hubiera sido sin duda si les hubiera comprendido. Viendo que se callaba, los españoles le dejaron tranquilo y se metieron en la chora, encontrando en ella á la misera muchacha y al niño en cuclillas en la parte más oscura.

- Aquí ves un bulto escondido. ¡gritó uno de los soldados, y echando mano del desnudo brazo de la india la sacó a la luz.

- ¡Por diez! gritó Juan Fuerte, esa no es una india sino una mujer blanca y hermosísima!

Efectivamente rara vez en Europa se había visto una mujer más bella que aquella pobre indígena, la que salió a la luz pasmada y confusa, con los ojos bajos, la cara inclinada sobre el pecho, con una mano llevando a su hermanito pequeño y el otro brazo asido en los nudos dedos del soldado que miraba atónito y embelesado el raudal de pelo rubio que cubría sus espaldas y pecho y la deslumbradora blancura de los miembros que dejaba descubiertos un quayuco igual al del indio, sino un poco menos largo, puesto que no llegaba a la rodilla.

- Esta debe de ser alguna robada española o más bien flamenca! dijeron todos, y viendo que aunque le hablaban no comprendía, hacíanle señas al viejo para que explicase aquel fenómeno, pero este continuaba impávido mirándolos a todos de hito en hito y sin atravesar palabra.

— Pero mirad al niño! dijo otro, este es aún mas blanco que era mujer.

El niño era tambien albo como apretada nieve y tenia el pelo no rubio, sino casi tan blanco como la melena canuda del abuelo, — el infeliz se cubria con ambas manecillas un par de ojos que en breve vieron los españoles que habia perdido la vista.

De repente levanto' la mujer la mirada que tenia clavada en el suelo y quedaron todos deslumbrados ante aquellos ojos de un color azul oscuroísimo en los cuales brillaba una luz titilante como la de las estrellas, y que bailaba en la pupila y resplandecia con fuego extraño y siempre inquieto.

Soltáronla los soldados y apartáronse de ella un tanto sobrecogidos, saliendo á recoger cuanto encontraron que pudiera serles útil, deseando alejarse de una mujer que más parecia bruja ó por lo menos hada, á pesar de su juventud (pues apenas si habia cumplido diez y seis años) que no una persona natural de la raza humana. (1)

(1) Esta mujer pertenecia á una especie de albinos,

Habiendo los Españoles recogido cuanto encontraron hijos de indios, que son comunes en algunas partes de America y que los hay en Choachi y Ubaque (Nueva Granada). Son mas blancos que los hijos de las raras del norte de Europa y tienen ojos como arriba describimos, - algunos se hacen ciegos desde que nacen y á todos les molesta la luz extraordinariamente. Sucede en aquellos pueblos de Choachi y Ubaque que nacen hermanos unos blancos y con el pelo ^{color blanco} color que fogue y otros morenos y de pelo oscuro como sus padres.

Hay Pedro Junon, - hablando de lo sucedido en tiempo de la Conquista, en la Provincia de Maracaipana, dice: "Entre el saco que sacaron de este pueblo... se hallaron 4 chinás (que son indias de poca edad hasta que se casan) tan blancas, rubias y hermosas como si se hubieran criado en Flandes, de que tambien se han hallado algunas en estos llanos, la tierra más dentro, y yo he visto una en Santa Fé, desde niña tan blanca y rubia como hemos dicho. Preguntando los españoles, si aquellas 4 mujeres eran de otra nacion circunvecina á este pueblo que fuesen todas de aquel color, les respondieron

en la isla habitada, preparábanse á devolverse á tierra, llevándose consigo tambien á la pobre albina, cuando el viejo, comprendiendo lo que pasaba, se interpuso entre su nieta y los raptores con ademanes de súplica tan lastimosos que hubieran enternecido el corazón de un tigre; pero los soldados no hacian caso y continuaron atándole las delicadas manos á la desgraciada mujer que estaba tan aterrada que ni acertaba á llorar ni quejarse. Viendo la indiferencia con que le miraban y que nada valian sus súplicas se entró el pobre anciano en la choza, con inciertos y agitados pasos, y abriendo un hoyo que tenía tapado con una piedra sacó varias sartas de pepitas como las que le habían quitado de

"ser nacidas y cruidas en aquel pueblo, y que aquella blancura les venia de haber estado desde que nacieron tan encerradas que jamás les había cubierto el sol, como se echaba de ver, pues al modo de aves nocturnas, en sacándolas á él se cubrían los ojos, por lo mucho que les ofendia su luz."

(Cuarta Noticia Histórica - Cap. III). Véase acerca de los

Albinos la Nota 4^a.)

los brazos, pero en las cuales no habia oro, - y pasolas a los pies de Juan Fuerte, el que considero ser el jefe de la exploracion, diciendo con acento gutural y mostrando a su nieta:

- Unarima, Unarima! pues aquel era el nombre de la india.

Soltaron los españoles una estrepitosa carcajada al encontrar que no habia nada de valor en el rescate ofrecido, y mostrando las pepitas de oro de el brazaletes de la india le hicieron señas para que sacara algo de eso.

Corrió el indio a su agujero y ayudado por varios soldados acomedidos sacó de allí cuanto tenia que era varios brazaletes y collares de diferentes tamaños y colores con tal cual pepita de oro, y su finca más preciosa que consistia en una calavera humana toscamente engastada con planchas de oro bruto¹¹, la que se comprendia que el anciano apreciaba más que todo el resto de su guaca.

¹¹ La cabeza le fué luego cortada Y limpio del humor que contenia, Y al indio su contrario presentada. Della hizo hacer dorado vaso Mando'la desollar y el casco raso Con que despues el barbaro bebia.

(Castellanos)

Arremetieron los españoles sobre el tesoro y acometidos por aquella sed de oro que quitaba el juicio á los conquistadores, convirtiéndolos en fieras, mandaron al indio que entregase lo demás que tuviese; más comprendiendo él lo que le pedían hizo señas de que aquello era todo. Pero los españoles no lo creyeron, y mientras que unos echaban abajo la choza, convirtiéndola en ruinas con la esperanza de encontrar más oro, los otros asolaban el maíz, el yucal, y cortaban coléricos hasta los árboles frutales, para vengarse del anciano que no entregaba lo demás que ellos suponían debía tener.

Cansados al fin con tanta faena ataron al indio y á su nieta, les obligaron á meterse en la canoa y les llevaron á tierra.

Apénas si estaba el sol en su zenit cuando ya aquel precioso sitio, aquel oasis encantador presentaba el aspecto más triste, y á medida que el anciano y la muchacha se alejaban de la isla su corazón se apretaba al contemplar desierta su tranquila mansión que pocas horas antes era suya, pensando con razón que jamás la volverían á ver.

Desesperanzados los indígenas no habían reparado que no venían con ellos los pequeñuelos y que iban à emprender viàje hacia los cerros dejándolos en la isla. Entonces Unarina, con los ojos llenos de lágrimas, empezó à dar gritos y hacer señas para que volvieran en la canoa y los trajesen. Todos se reían mofándose de la pobre mujer, hasta que Miguel Holquin, que había desaprobado aquella crueldad con esa familia desgraciada, trató de calmar al anciano y à la niña y metiéndose en la canoa remó hacia la isla en donde lloraba y gemía el indiecillo ciego. Como Holquin no había visto ni tenía noticia de los otros muchachos no pensó en buscarlos, sino que tomando al ciegucecito le puso en la embarcacion y pocos momentos después estaba en los brazos de su hermana.

Quiso Unarina que se volviese por los otros, pero el no lo comprendió y así fué mejor, por que ellos quedaron libres y al dia siguiente cuando volvió el hermano mayor con otro indio joven que había ido à traer para que fuese el esposo de Unarina, - al dia siguiente, digo, los muchachos, que

Todo lo habían presenciado desde la isla inulta, dieron paxon circunstanciada de lo que había sucedido.

Inmediatamente se pusieron los Españoles en marcha, llevando Todos en medio á Unarina y á su abuelo, amarrados ambos y aflijidos, — y la ~~mujer~~ ^{Mujer} al cieguquito cargado y regando el suelo con sus lágrimas.

Al cabo de una hora de marcha, habiéndose detenido para tomar algún alimento, acercóse Miguel Lolquin al Juan Fuerte y le dijo con alguna altivez y asperera.

— Me dijisteis que tenias un poderoso motivo para cautivar á estos indigenas, lo que me parece una insignie crueldad; espero que me deis ahora la razón que tuvisteis para ello como me lo ofrecisteis allí!

— Par dier! Caballero, qué se me puede antojar no contestaros, ya que lo tomáis tan alto!

— Mal hariais, Juan Fuerte, porque si no cumplis vuestra palabra; Voto al diablo! que os he de acusar de cruel cuando llegue el General Feder —

— mann

que no entiende chanzas en casos semejantes.
... y la burla puede costaros caro.

- ¡Mejor enfado! Si vuestro general tiene corazon de gallina no lo tengo yo.... pero voy a' contentaros á perar de todo; No visteis acaso que el viejo tiene aquella calavera dorada que sacó'?

- ¿eso qué' nos importa? Pretenderiais acaso juzgarle como á criminal?... y al decir esto se rieron todos los que presenciaban la discusion.

- Ignorais acaso, contestó' el otro, que en estos parajes solo á los jefes y caciques permiten beber en los festines y borracheras en la calavera de los enemigos vencidos por ellos?... Ahora, si este viejo es algun cacique, por de contado debe de tener oculta alguna guaca, y como no podemos detenernos porque en el campamento esperaban de un momento á otro la llegada de Federmann, he querido llevarme esta presa para hacerle confesar en donde encierra sus riquezas.

- Tiene razon, tiene razon Juan Fuerte! exclamaron todos los soldados; en el campamento

hay gran diversidad de indios y no hay duda que alguno de ellos entenderá la lengua de este viejo.

- Pero explicad ahora porqué cautivasteis á esa pobre india, preguntó Holguin medianamente satisfecho con la respuesta.

- ¿Luego pensais que esa mujer mas blanca que el alabastro pertenece á los indigenas?

- Sin duda, pertenecerá á alguna raza que hasta ahora no habiamos visto.

- Pues yo no creo que en esta tierra podremos encontrar otra gente natural, á menos que no sean indios.

- Decidme ahora, preguntó Holguin; por ventura habeis visto en España, en Francia ó en Flandes una mujer que tenga esos ojos deslumbrados?

- No contestaron todos, nunca.

- Yo, dijo otro llamado Bartolomé Herreño, no me atrevo á acercarme cuando me mira.

- Ya vereis, dijo Juan Fuerte, que en todo esto hay alguna hechiceria, y bueno será que Fray

Vicente la exorcise.

Viendo Holguin que estaban en contra suya no quiso insistir más, sino que cuando continuaron su marcha él se hizo cargo del ciegucecito para que pudiese caminar mas descansadamente la cutada Unarima.

Capítulo II.

El campamento en el Tocuyo.

En contar una cosa estoy dudoso,
Que soy de poner dudas enemigo,
Y es un extraño caso milagroso
Que fué todo un ejército tertigo. (Excilla "Araucana".)

Acompañándoles el guía que había enviado á Coro el Capitan Martinez, Fredermann emprendió viaje al Tocuyo, seguido de Monsalve, alguna gente española y mantenimientos y pertrechos á espaldas de indios cargueros, y con jornadas forzadas llegaron en pocos dias al campamento, despues de haber caminado 60 leguas por vías agrias y escabrosas y sendas asperas y peligrosas.

Al llegar á la sierra de la cual se descubria el campamento español, refrenaron los caballos y se detuvieron algunos momentos: habian sentido el real los de Martinez en un pueblo indigena quemado por tribus enemigas poco antes de llegar los conquistadores á aquel sitio.

En medio de las negras manchas del antiguo pueblo situado sobre un declive que bajaba hacia las vegas del río, se veían los techos pajizos de los ranchos que formaban el campamento español, y más arriba, frente mismo al sitio en que estaban se elevaba la cadena de sierras cubiertas todas de selvas espesísimas cuyos apinados árboles ostentaban variadas flores y tintes diversos, (1) entre los cuales de trecho en trecho se asomaba la pajiza chora de algún indígena, teniendo en torno su sementerilla de maíz o su yucal. Hacia el sur veíanse dos filas de cerros que parecían unidos pero en realidad se abrían para dejar pasar el río Focuyo que baja de los altos paramos.

Continuaron su marcha y fueron recibidos en el campamento con señales de alegría, porque como he dicho antes, Federmann era muy querido entre sus soldados, que ansiaban su vuelta para tenerlo consigo y además para pedir noticias de España y recibir

(1) Esas selvas se han convertido hoy día en grandes sementeras de trigo, papas y extensas plantaciones de café.

algunas cartas y mensajes de sus ausentes familias.

Entre los que salieron á felicitar á Mousalve por su ingreso en el ejército estaba el Capitán Rivera, el que le llevó á su habitacion, manifestándose muy amable y cariñoso. Poco rato despues despues de haber llegado se acercaron y reunieron los principales oficiales en el rancho de Rivera (mientras que los jefes conferenciaban con Pedermann) y suplicaron á Mousalve les diera noticias de las demas colonias, de España y de otros países europeos que les interesaban.

- No sé por donde emperar, dijo Mousalve.

- ¿Qué hace nuestro emperador? dijo Luis Lanchero con acento grave, - esto es lo que más debe interesar á sus fieles súbditos, - y al nombrar á su emperador el antiguo soldado se descubrió.

- Nuestro buen emperador, dijo Mousalve, continúa en guerra con el Turco y el dey de Argel, y por último tuvo un descalabro al querer entrar en Francia. Sin embargo, desde el año antepasado es dueño de Milan, habiendo muerto Francisco I forra sin descendencia quien dejó de heredero al emperador.

- ¿El rey, nuestro antiguo prisionero Francisco 1^o vive todavía? preguntó Lancharo.
- Vive, y en su última campaña fue más feliz que nosotros.
- Yo le conocí, dijo Domingo Lozano, y era entonces un gallardo mozo.
- ¿Y qué me decís, dijo el Padre Vicente Peguejada, de aquel monstruo Enrique de Inglaterra, el criminal esposo de la hija de nuestra reina Isabel (que en paz descansa)?
- ¿Qué os parece le ha sucedido a su segunda mujer, Ana Bolena? dijo Mousolve.
- Le la habrá llevado el diablo en cuerpo y alma, contestó muy serio el fraile.
- Casi.... la mandó decapitar el rey Enrique para casarse con otra mujer llamada Ana Seymour, cuyas bodas se hicieron al día siguiente.
- Vive el cielo! exclamaron algunos, que está bien vengada nuestra Catalina de Aragon.
- ¿Y qué noticias se tienen del Perú? preguntó el soldado Mateo Sanchez Rey.
- No muy satisfactorias, porque no cesan los

disgustos entre los conquistadores Almagro y los Pizarros y son tan exageradas las noticias que llevan á España de la riqueza de estas Indias, que cada dia llegan á las incipientes colonias familias enteras de españoles, los que vendiendo cuanto tienen en su tierra, haciendas, casas y toda suerte de propiedades lucrativas, se vienen al Nuevo Mundo en busca de un paraíso que no encuentran (1) acabando por haver bancarota en cuerpo y alma; y así los que no mueren de fiebres y otros males perecen de tristeza ó se devuelven á su patria, arruinados y renegando del Eden que les habian pintado con tan falsos colores.

Despues de haber contestado á todas sus preguntas lo mejor posible Monsalve les dijo:

- Ahora os toca á vosotros referirme lo que os ha sucedido desde que nos separamos en el lago de Maracaibo.

- Largo seria por cierto el contaros todo lo que hemos sufrido desde el año pasado, pues nuestros dias se cuentan por angustias, guarabaras con los indios,

(1) Fray Pedro Simon.

afanes, peligros, enfermedades, muertes y Toda suerte de miserias.

Y al contestar estas palabras el Capitan Chaver una sombra de tristeza pasó por su móvil fisonomia.

- No seamos ingratos con Nuestro Señor Jesucristo y su santísima madre que evidentemente nos protegen, dijo el Padre Agustino, y en prueba de ello veis allí sano y salvo à Garcia Calvete

- Ya este que le sucedió? preguntó Monsalve.

- Nada ménos que un milagro de la Providencia divina, contestó el padre: en una de las refriegas con los indios Gandules que tanto nos han dado que hacer, Garcia Calvete se metió de los primeros recibiendo un flecharo tan bien dirigido que se le metió por el lagrimal y le salió por el colodrillo; pero el que es hombre devoto, se arrancó la flecha invocando à Maria Santísima; al momento sintió alivio y así à pesar de una herida tan peligrosa se curó en pocos dias y ha quedado que tiene la vista tan clara y fuerte como la tenia àntes. (1)

(1) Piedrahita, fray Pedro Simon S.

- Si quereis contar milagros, dijo un soldado grueso, serio pero de aspecto entre humilde e hipócrita que estaba de pie en el rincón más oscuro del rancho, - si quereis contar milagros, padre Vicente, referid la historia de la muerte de Martin Tinajero y esto servirá de ejemplo a todo el campamento.

- Contadlo vos Juan de Castro, puesto que con Diego de Espinosa, Luis Caro y García Caberson lo presenciásteis.

- Yo sé, contestó Castro, que nadie sabe la historia mejor que vuesa merced, padre Vicente y así es justo que os encargueis de referirla.

- Es verdad que me llamó tanto la atención a aquel suceso, contestó el Agustino con aire complacido, que quise escribirlo para enviárselo al padre superior de mi orden, cuando encontrase ocasión.

- Leednos la historia, leednosla, dijeron rodeando al fraile todos los circunstantes.

- Pueda ser que la tenga a mano, contestó éste, y sacando varios papeles no muy limpios de una bolsa de cuero que llevaba colgada del cinto,

puso la mano sobre un papel ya muy usado diciendo:

- Aquí le tengo, - y cambiando de tono leyó con voz enfática pero gangosa las siguientes líneas, que todos escucharon con recogimiento.

" A poco de habernos partido de las orillas del lago llamado de Maracaibo, fuéle preciso al Capitán Martínez enviar al soldado Fernando Montero á buscar comidas que faltaban grandemente en el campamento en que habíamos sentado reales. Iba con esta tropa de infantes un hombre de muy buenas prendas y virtuoso y un ejemplo digno de que le imitaran sus compañeros, y aun que vivia santamente jamás se jactaba de ello en los disfraces de su silencio y recogimiento. Llamábase este siervo de Dios Martín Pinajero, y era natural de Es-cija en Andalucía. Yendo por esos caminos y desproblados le aquejó tanto una enfermedad que tenía y que se había aumentado con las necesidades de la campaña, que de repente le llegó su hora y se murió, enterrándole sus compañeros muy de prisa en un hoyo ó concavidad que había hecho el agua en una peña. Dejaron los soldados allí el

cuerpo y se volvieron al campamento con las comidas que habian podido acopiar; con la du-
 sera de su alma que distingue al soldado que
 está enseñado á tantas luchas y sinsabores,
 poca ó ninguna congoja tuvieron los demás
 al recibir la noticia de su muerte, pero su-
 cedió que á pocos dias volvieron á salir del real
 los mismos soldados, porque de nuevo se ha-
 bian escaseado los alimentos, y fueles menes-
 ter pasar por la misma rambla en donde ha-
 bían sepultado á Martin. Queriendo sus com-
 pañeros ver si los indios habian dado con
 su cuerpo y talvez sacádolo del hoyo, se allega-
 ron al lugar del entierro; pero como á cincuen-
 ta pasos del dicho sitio se encontraron todos
 embestidos de un olor tan suave y peregrino
 como jamás habian sentido en los dias de su
 vida, y así se quedaron todos pasmados, has-
 ta que alargando la vista por aquella quie-
 bra del monte vieron que era deliciosa fragan-
 cia provenia y dimanaba del cuerpo de Martin
 Tinajero que yacia en el hoyo en que le habian
 puesto, pero que estaba medio descuberto, ocultán-
 dole

apenas una capa de abejas de las que forman panales en los huecos de los árboles de aquella comarca, las que se habían apoderado de ese cuerpo sacando de él la fragancia que esparcía por los campos vecinos. No quisieron los soldados inquietar el culto de aquellas abejas ni acercarse al vaso bendito de su antiguo compañero sino que se volvieron al real con la noticia del prodigio verificado por Dios en aquel varón que desta manera pregonaba su cada-
 -ver que había sido un santo. Hasta entonces empezaron sus compañeros á publicar la vida de aquel hombre y la conducta sin tacha que siempre había observado, sin que nadie hiciese alto en ella. (1) Yo quise entonces ir en procesion á buscar aquel cuerpo y darle sepultura cristiana, pero como los soldados que vienen á Indias solo piensan en las riquezas que puedan sacar de estas tierras y no en alabar á Dios y honrar á sus santos, - ninguno quiso acompañarme y hube de continuar mi viaje con ellos.
 - Por cierto, dijo Monsalve, que el hecho es podi-

(1) Piedrahíta - "Conquista del Nuevo Reino de Granada". Parte I - Libro III - Fray Pedro Simón "Tercera noticia historial Cap. XVIII.

gioso, pero me ocurre una duda: habiendo por estas tierras tan revueltas y fragoras tantas ramblas, quebradas y cañadas tan idénticas unas á otras; sabemos acaso si los soldados se equivocaron pensando que una colmena de las que abundan por aquí era el cuerpo de Martín y el perfume de algunas flores cuya fragancia les era desconocida lo que dimanaba de él?

— Hombre de poca fe! gritó el buen fraile pomendiéndose de pie, y arremangando un codo de hábito que se había puesto aquel día para honrar la llegada de Federmann, se adelantó hacia nuestro español con aire vacundo, y probablemente sus palabras hubieran hecho mucha impresión y sido en extremo edificantes y convincentes si en ese momento no se le hubiera acercado Maese Juan, el sacristán, y le hubiese suplicado de parte del Bachiller Juan Verdejo (el nuevo capellán que había traído Federmann) que le hiciese la merced de pasar á su alojamiento para hablar con él de un asunto muy urgente.

— Aguárdadme aquí, dijo el Agustiniano á su interlocutor

yo volveré a convencerlos.

Saliose el padre Reguejada, y Monsalve entonces dirigiendose a los que estaban presentes les dijo:

- Esperaremos al buen padre para continuar la conversacion acerca de los hechos sobrenaturales sucedidos en el campamento; pero ahora deseo saber de cierto quienes son los Capitanes Nieto y Alderete que se han aparecido aqui tan a deshoras y que tanto preocupan a nuestro general. - Pertenecen a la Gobernacion de Paria, dijo Rivera, y parece que yendo de viaje de descubrimiento con su Gobernador Jeronimo de Ortal por Maracaypana estos se amotinaron, le privaron de su empleo y le devolvieron a la costa con 8 o 10 companeros, prosiguiendo ellos la jornada con toda la gente. Estos hombres han atravesado las tierras mas pobladas de indios con un arrojio prodigioso, y pasando mil aventuras extranissimas por montes y por valles, en guerra abierta con los indios mas bravos de estas provincias; acometiendo en sus guaridas a los tigres, las serpientes, los caimanes entre

los rios, y por climas tan mortíferos que el mismo aire envenena. Al fin las inundaciones en las tierras llanas, les obligaron á trepar por estas sierras, encontrándose de improviso con nosotros. Al principio nos tuvimos mutua desconfianza y el capitán Martínez no las tenía todas consigo, pero habiendo ocurrido un suceso que no esperabamos esto nos hizo amigos sin emplear más parla. Estándonos una noche descuidados en nuestro campamento, para para quince dias, de repente vimos descolgarse como monos por aquel cerro escarpado una multitud de indios de guerra que nos acometieron con gallardobrio, y como llegaban batallones tras de batallones de indigenas, los dos campos españoles se unieron de hecho y despues de pelear toda la noche con aquellos salvajes, al clarear el dia encontramos que se habia escapado el enemigo, llevandose sus muertos, que eran muchos, y dejándonos el campo libre de semejante podredumbre. Por supuesto como tanto los de Nieto como nosotros habiamos combatido con denuedo nos hicimos desde entonces compañeros y hermanos, de-

Tanto ellos como nosotros unimos en la expedición al Metacuy, de cuyas riquezas cada día tenemos mayores noticias.

Iba à continuar su relato Juan de Rivera, cuando oyeron un gran ruido de voces y alboroto y vieron pasar à los jefes principales del ejército con Federmann, el bachiller Verdejo y el padre Requejada. El General hablaba con estos últimos, y caminando à toda presa gesticulaba con aspecto enojadísimo.

Al momento todos los que estaban en el rancho de Rivera salieron de él, y siguiendo à la gente que paraba se dirigieron al último rancho del pueblo, en torno del cual se había agolpado la multitud y allí vieron un espectáculo que causó à Mousalve la mayor congoja.

Capítulo III.

La víctima y los verdugos.

Véras abuso grande de crueldades
En el que mal ninguno merecía.

Dieronle de comer como cowino
Sacando de su buen matalo taje
Tentas secas, cecinas y tocino,
Y otros regalos mas de su viaje.

(Castellanos)

Bien recordarán nuestros lectores á la india Unarina, á su padre el anciano Unare y al cie-
gucillo, que fueron tan cruelmente apresados por
los españoles y llevados al campamento del
Capitan Martinez en el Tucuyo.

En dos palabras diremos quién era el Juan
Fuerte que comandaba aquella partida de hom-
bres crueles. Había llegado con los Capitanes Nie-
to y Alderete y era de los soldados que se amo-
tinaron contra Jerónimo de Ortal, cometiendo
en seguida toda suerte de crueldades, con lo que

continuaron el ejemplo dado por todos los españoles que invadieron a Parí y Marcapana, abavesando tierras hasta llegar a unirse a los españoles de Federmann como le refirió Rivera a Mousalve en el anterior capítulo (1). Juan Fuerte

(1) Piedrahita dice, hablando de estos conquistadores: "de cuyas entradas no he querido ocuparme detenidamente, por no manchar la pluma con tanta sangre humana como derramaron dentro y fuera de los términos de sus conquistas; pues sin hacer pie para fundar ciudades en tierra alguna de tantas fértiles, ricas y pobladas como encontraron en Maracapana y otras provincias, dieron muestras de haber parado solamente a ellas con el fin de que la crueldad y codicia que los dominó a la manera de raudales de fuego las corriesen, destruyendo y abarrando quanta gente hallaron desde la Bubarata hasta las bocas del Marañon; sin que a tanto desorden pudiese otro reparo la Audiencia de Santo Domingo que enviar jueces que dejaran correr los culpados hasta pisar la última raya de la iniquidad, en que perecieron derastrosamente siendo verdugos los unos de los otros." - Parte I. Libro III -

era natural de Astorga en España, de donde pasó á la provincia de Parí, joven todavía, y se halló en muchas batallas y encuentros con los indios, como que de solo una refriega sacó trece heridas. Era hombre robusto y de grande animo y fuercas, y tan corpulento, que tal parece que su nombre hubiera sido apodo más bien que real y positivo. (2)

Apénas si llegó Juan Fuerte al Tucuyo, cuando empezó á hacer diligencias entre los indigenas para encontrar un intérprete que pudiese interrogar á los cautivos con respecto de la supuesta guaca del anciano. Pero resultó que el dialecto que hablaban era diferente de aquel que se usaba por aquellas comarcas y ninguno pudo entenderles. Desesperado Juan Fuerte con aquel suceso, pues tenía que alojar, guardar y mantener á los cautivos á su costa, iba á dejarles libres para que se devolviesen á su isla si tenían á bien, - cuando por casualidad le dijeron que había en el campamento un indigena oriundo

(1) Véase este nombre entre los Conquistadores de Federmann
Nota 9ª

de un sitio muy lejano que no habia hablado aun con los cautivos. Levólo al momento a su rancho y puso lo frente al anciano, ordenándole que hablase al indio en su propio idioma, pero apenas le hubo mirado, viendo la manera como se habia pintado y la forma de su quayuco de género de algodón, cuando el indio se tiró a los pies del anciano llorando de contento y albororo, y en seguida dirigióle la palabra en su dialecto, contestóle el anciano, y así conversaron largamente.

Resultó que efectivamente, como lo habia pensado Juan Fuerte, el anciano era un antiguo cacique de una tribu muy lejana, más al sur del Valle Dupar, la que destruida casi totalmente por los indios Muzos se habia dispersado por todas aquellas provincias, yendo algunos por el Valle Dupar, como el indio intérprete ó atravesando las serranías y pasando por el lado de Maracaibo como el Cacique y su familia. Refirió este que habiendo salido profugo de su tierra con un hijo casado, dos de sus mujeres y varios nietos, habia llegado al fin

al valle en que estaba el lago y las dos islas y allí se había establecido y enterrado á dos de sus mujeres y á su hijo, quedándole solamente sus nietos, siendo dos de ellos los que le acompañaban y seguían en su duro cautiverio. Acabó su relación el pobre anciano, suplicando por vía del intérprete que le permitiesen volver á su choza, puesto que estaba muy viejo é inútil, no sirviendo ya, dijo, ni para trabajar la Tierra, ni blandir una flecha ó macana, ni teniendo fuerzas siquiera para cargar cosa alguna; dijo que su nieto tampoco podía servir, puesto que era de cuerpo débil y además la luj le era nociva y no podía trabajar al aire libre. Contestáronle que de ninguna manera le permitirían abandonar el campamento si no rescataba su libertad, la de su nieto y del cieguillo con bastante oro. Contestó el pobre anciano entonces que ya los españoles le habían quitado cuanto tenía, arrazándole sus sementeras, tumbándole la casa y apoderándose de cuanto poseía, llevándose hasta su mayor tesoro: la calavera del pri-

-mer

enemigo de importancia á quien habia mata-
do en su juventud.

Aunque muchos de los que oyeron lo que decia el desgraciado viejo, creyeron que aquello deberia de ser cierto, porque era poco probable que un cacique vencido y errante pudiese tener guaca alguna, otros, como Juan Fuerte, Hernando Montero y Juan de Contreras, insistieron en que el miserable anciano tenia que revelar sin demora el sitio en donde guardaba su tesoro. Eran estos hombres duros de corazon y llenos de codicia de oro que no se detenian delante de considera-
cion alguna, acostumbrados á creer que los naturales de las Indias eran animales sin alma á quienes se podia atormentar sin cargar la conciencia con un pecado mortal. (1) y

(1) Ahora años habiamos encontrado el siguiente dato, que publicamos en un periódico como una curiosidad, pero no recordamos absolutamente de donde fué tomado:

"Pocos años despues del descubrimiento de América, la opinion de que los indigenas de estos lejanos paises no eran hombres era tan poderosa y

que debían ser sacrificados siempre en aras del capricho del conquistador. Se intimaron, pues, al desgraciado que sin retardo dijera en dónde

y general, que pretendían seriamente clasificarlos con los monos. Las consecuencias de semejante sistema podían ser terribles, puesto que esta idea quitaba todo escrúpulo a los conquistadores los que asesinarían sin temor a los desgraciados indígenas. Dos frailes, fray Domingo de Minaya y fray Domingo de Betáños, fueron, en 1536, a Roma a conferenciar con el Papa Pablo III y manifestarle los temores de los hombres de color con respecto a esta inhumanidad. El 9 de Junio del mismo año, el papa promulgó una bula que ~~comenzaba~~ comenzaba por estas palabras: Veritas ipsa quae nec falli nec fallere potest, - en la que declaraba que no solamente era su voluntad, sino la de la Santa Iglesia, que se reconociese a los americanos como hombres verdaderos. Fue preciso someterse a esta bula, pero según parece, sin una convicción muy profunda, puesto que, en 1583, en un concilio de Lima, se discutió esta cuestión: si los indígenas del Perú estarían suficientemente dotados de inteligencia para participar de los sacramentos de la Iglesia.

estaba la guaca, y como jurara por medio del intérprete que todo lo había entregado en su isla, le amenazaron con darle tormento si no conferaba. Entonces el anciano, recordando su dignidad de jefe, no volvió a hablar ni contestar cosa alguna a lo que le preguntaban aquellos crueles hombres. Esto sucedió el mismo día en que se aguardaba en el campamento el regreso de Federmann, de vuelta de Coro, y sabiendo los soldados que el general era hombre caritativo y de ideas humanitarias, que muchas veces protegía a los naturales contra las depredaciones de sus compañeros de armas, apresuraron los preparativos del tormento; pero interrumpidos por la llegada de Federmann, hubieron de aguardar a que se encerrara en el rancho que le habían preparado a conferenciar con los Capitanes Nieto y Alderete, a fin de proceder luego a la obra de martirizar al anciano Unare.

Sucedió empero que Juan Fuerte y sus compañeros no habían contado con el buen corazón de dos de sus camaradas que se habían o-

-puesto

desde un principio al cautiverio de aquellos indígenas, siendo éstos Alonso de Olalla (1) y Miguel Holquin; los que, viendo los preparativos de aquellos verdugos fuéronse al momento á buscar al nuevo capellan del ejército, Juan Verdejo, para suplicarle que fuese en persona á impedir aquel acto de crueldad. Más temiendo este que por haber llegado tan recientemente al campamento, su voz no fuera suficientemente autorizada, mandó llamar al padre Reguejada, quien conociendo bien á los presuntos verdugos tampoco quiso hablarles personalmente, y propuso que fuesen con esperanzas de mejor éxito á hablar con el mismo Federmann y avisarle lo que pasaba.

Corrieron al rancho del general, pero encontráronle rodeado de centinelas, con orden de no permitir que nadie entrase hasta él, siendo su conferencia con los Capitanes advenedizos demasiado importante para que fuese interrumpida por ninguna persona. Pero el tiempo se pasaba y mientras tanto sufría el misero anciano; por lo que impacientándose el

padre Reguejada atropelló por en medio de la guardia seguido del bachiller Verdejo, y penetrando hasta encontrar a Federmann, y sin cuidarse de las miradas de enojo del General, le dió cuenta de lo que pasaba.

Indignado Federmann con aquel manejo de sus soldados, salió del rancho, siguiéndole los Capitanes mencionados, los que enseñados á semejentes crueldades no las desaprobaban; fuéronse todos al lugar en que los verdugos se entretenían con el antiguo Cacique llegando allá seguidos de casi todo el ejército que iba á presenciar por curiosidad aquella escena!

Cuando llegó pues Mousalve al sitio vió que habian sentado en el suelo al anciano con los pies presos en un cepo de campaña, y que frente á este ardía una hoguera que le asaba lentamente la planta de los pies. En torno de la víctima estaban varios españoles, el intérprete con los ojos llenos de lágrimas, y Umarima que sostenía por detras

al anciano llorando amargamente, mientras que el antiguo cacique mostraba un semblante im-
-pasible y una mirada altiva, sin quejarse ni
decir palabra.

En aquel momento Federmann, después
de haber paseado la mirada por aquella esce-
-na, exclamó con muestras de la mayor indig-
-nación:

- ¿Qué hacéis malos hombres? Porque malan-
-drines y cobardes, ociosos y apicarados os entre-
-teneis atormentando á ese pobre anciano? ¿Qué
lo suelten al momento!.....

- Detened! gritó Juan Fuerte adelantán-
-se; y quitándose el gorro que llevaba en la
cabeza dijo dirigiéndose al General:

- Señor que vuestra merced me escuche antes de pro-
-ceder á cometer conmigo una injusticia: aquel
indio, añadid, lo he cautivado yo y lo he puesto en
el tormento para que confiese en donde tiene o-
-culto una guaca de gran valor que posee.

- ¿Cómo os atreveis á atormentar á un anciano,
hombre de poca vergüenza? contestó Federmann.

- Es solamente un indio miserable y vil! contestó

el soldado con altanería.

- ¡Quién es ese soldado? preguntó Federmann al que tenía junto, no le conocco.

- Es uno de los recién llegados con los Capitanes Nieto y Alderete, - contestó el otro.

Federmann le miró con aire tan severo que Juan Fuerte bajó los ojos.

Ya para entonces habían sacado del tormento al anciano, y entre dos españoles, el clérigo y el fraile le habían metido alzado a un rancho, porque el dolor de los pies no le permitía caminar.

- Este soldado está ya bajo mi mando, - dijo Federmann, por haberme cedido sus jefes las fuerzas que traían y así ordenó que inmediatamente le pongan a él y a sus compañeros en este mal acto, en el cepo, como castigo ejemplar.

Ataron inmediatamente a los culpables y los iban a poner frente al fuego en la misma posición que había tenido el cacique Unare, cuando Federmann viendo que no habían hecho el menor esfuerzo para disculparse siquiera, tuvo lástima y así dijo:

- Aunque bien mereceis el tormento, no quiero manifestarme tan cruel como vosotros, y solo os condeno á permanecer en el cepo hasta mañana, pero apagando la hoguera. (1)

En ese momento atravesó por en medio de la turba Unarina con el niño ciego y tirándose á los pies del Conquistador trató de besárselos.

Asombróse sobremanera y pugnando á levantarla del suelo dijo:

- ¡Quién es esta mujer blanca, vestida como india? (pues no la habia notado antes).

- Es la nieta del anciano, le contestaron, y viene á daros las gracias por haberle salvado.

- Esta mujer no puede ser indigena!

- Es una albina, mi general, dijo el Capitan Nieto; yo he visto de estas gentes en otras provincias del Nuevo

(1) Era Federmann un hombre tan fino y comedido en sus palabras que, dice Fray Pedro Simón en su "Cuarta Noticia Histórica" - Capítulo XII: jamás le oyeron profenir una palabra de descomedimiento ni mala crianza; antes bien trataba á sus soldados con generosa y amigable afabilidad."

Mundo.

- Ahora no tengo tiempo de indagar este asunto; pero, ved vos, padre Vicente, dijo, dirigiéndose al buen fraile, que vistan un tanto á esa mujer y la cubran las carnes, y en seguida que lleben á ella, á su abuelo y á ese niño á algun rancho en que estén solos y bien cuidados, - que le pongan al anciano algun unguento que le cure las quemaduras de los pies. Yo parare' despues á averiguar lo que son estos indigenas.

Al dia siguiente al clarear el dia mandó llamar el General á Monsalve, y le habló de esta manera:

- Os he querido hablar, señor Capitan, pues capitan habeis de ser de aqui en adelante, para daros parte de lo que he concertado con aquellos dos jefes que se nos han venido hasta aqui con sus 60 soldados. Ellos deben de partir ahora mismo en via para Coro, dejándome su gente, que es bagueana, y si no muy honrada y de poco blando corazon, por lo menos se me someten con gusto y yo sabré enderezar

sus malas mañas. Este aumento de tantas bocas nos ha puesto en un aprieto y es que nos faltarán mil cosas necesarias para la jornada, y tengo pensado mandar a Coro a traer aquello que más urge. Estos soldados de Paria me han confiado el oro que traían, en calidad de préstamo para enviar a proveernos de lo más importante, y como ellos tienen esperanzas de hallar más adelante mayores riquezas me han dado además cada uno ciertos apuntes para que les traigan lo que más hagan menester..... Ahora bien, añadió al cabo de un momento de pausa, yo quisiera mandar a Coro una persona de recado, honrada, activa y que tenga conocimiento de esa plaza, y así he puesto los ojos en vos....

- Haré lo que mandéis, dijo Moursalvo, pero siento que perdamos lo que nos resta de verano...

- En eso también he pensado, contestó el alemán, y procuraré aprovecharlo en lo posible para continuar nuestra jornada por Barquicimeto (que es tierra ya conocida) hasta los Llanos, por la serranía que es menos fragosa en esas partes,-

y en la entrada de aquellos llanos os aguardaré.

- Con gusto os serviré, dijo Mousalve, pero bien sabéis que no soy baqueano por estas Sierras.
- Qué eso no os detenga, pues tendré cuidado de enviaros á la mitad del camino un baqueano muy conocedor de estos andurriales y comarcas; y además los cargueros que os acompañarán hasta Coro son también gentes de confianza y de buenas partes, duchas en esta clase de aventuras.

Aceptó Mousalve la comision, con la secreta esperanza de encontrar tal vez en Coro noticias de Santa Marta que le halagaran y dieran confianza, llevando además comision de Hedermann para que averiguase si el tenia cartas y misivas que le interesase conocer antes de internarse por aquellos despoblados y soledades.

No habiendo acontecido á nuestro Mousalve cosa alguna digna de referirse, durante su viaje á Coro, ni hallando allá nada de nuevo ni importante, le aguardaremos al regreso

365
50

para continuar con él hasta el día antes
de llegar al campamento de Federmann.

Capítulo IV.

Francisco Martín

Nombraron, pues, para la tal carrera
Veinte y cinco magnánimos soldados.

Estos iban debajo la bandera
De Varconia, que sigue duros hados.

Salieron proveídos de recuaje
De Indios, do llevaban la moneda
E iban persiguiendo su viaje
Ya por travana, ya por arboleda.

(Castellanos - Parte II)

Erase una espléndida tarde de verano; un cielo azul oscuro manchado por tal cual escarmentada nube y dorado por los últimos rayos del sol, sonreía apaciblemente sobre un viajero fatigado que bien sabe el lector que era Mousalve. Habiendo caminado varios días sin cesar, bajo soles abrazadores, sentía una

gran necesidad de respirar el ambiente puro de la tarde, bajo un bosquecillo de árboles que brindaban frescura en la cumbre de una empinada cresta que ya empezaba a dominar, después de haber trepado continuamente durante dos horas por agrias y escarpadas sendas.

Un bello y agreste paisaje se descubría desde aquella cumbre, compuesto de un mar de selvas y montaña cerrada, interrumpido aquí y allí por tal cual claro en que había fabricado su choca algún indigena; paisaje enteramente andino, compuesto de interminables serranías, y altos montes entonces enteramente incultos.

Habíanse quedado atrás los cargueros con el baqueano, un español, que habían encontrado en el Tocuyp para que les guiase hacia el nuevo campamento de Federmann. Detúvose Moursalve a aguardar a sus compañeros de viaje, y cuando estuvieron cerca dijo, dirigiéndose al baqueano:

— ¡La empieza a entrar la oscuridad; no sería prudente, amigo, que hiciésemos noche por agri-

en donde la posición es buena y el clima menos ardiente que en las partes bajas de estos cerros?

- Así es, contestó el otro, y pensaba proponerle a vuestra merced lo mismo que acaba de decir.

Entanto que se tomaban todas las precauciones del caso y se hacían los preparativos para pasar la noche, Mousalve contemplaba la caída de la oscuridad sobre aquellas lomas y selvas, viendo como desaparecía gradualmente la luz de los cerros uno a uno hasta que todo aquel grandioso paisaje, tan lleno de bellezas y contrastes, quedó confundido con las nieblas nocturnas.

Una voz vino a sacarle de aquella vaga meditación.

- Vuestra merced es también admirador de aquellas selvas y altas sierras, según veo, dijo el soldado (que le había servido de guía desde el Foump), y con la franquera que se acostumbra a gastar entre oficiales y soldados en semejantes desiertos y soledades, se sentó en el suelo a la manera de los indios y cerca de la piedra que le servía de asiento a Mousalve. Fijó

Tambien la mirada en lo vago y añadió:

- No daria yo esa vista y paisaje por todos los prados floridos de España y aun de Italia. ¿No le parece a vuestra merced que al ver estas espesas selvas, estos frondosísimos árboles, provoca vivir en ellas tranquilo y sin cuidados como un pájaro en su nido? Dios debe de haber hecho tantas belleras, tantos encantos para recompensar Van solo con su vista al hombre bueno que le sabe alabar!

Volvio asombrado los ojos su interlocutor y los fijó en aquel pobre aventurero que Van extrañas palabras le decia y en términos mas que escogidos, poeticos, le hablaba; y al mirarle se le acrecentó el pasmo viendo que el soldado lejos de presentar un aspecto de caballero parecia más bien un indio desparado de español. Era de un tamaño regular, grueso, cuadrado de formas, muy moreno y tostado por el sol, y aunque el capitán no podia verle claramente las facciones solo con la luz de las estrellas, notó que tenia una larga y negra cabellera y una barba en proporcion. Despues de habele mirado

un momento, Mousalve le contestó:

- Si por cierto; estos campos y estos montes maravillan y atraen, pero no tanto que se quisiera pasar en ellos todos los días de la vida.

- Eso lo piensa vuesa merced, contestó el otro, porque no ha probado el fruto de la vida libre y sin ley.

- Ni Dios, añadió Mousalve sonriéndose.

- Fal ver... y eso está el mal.

- ¡ Y por ventura tú has vivido así en medio de los bosques?

- Yo sí, señor Capitán; he vivido, no en un bosque cerrado y sin compañeros, que el hombre no nació para vivir solo, - sino en medio de una sencilla tribu indígena, gozando mucha libertad y con gentes muy más honradas y de buenos sentimientos que lo que dicen y creen los que con ellos no han morado.

- Y cómo te llamas? preguntó Mousalve cada momento más asombrado.

- Francisco Martín, - servidor vuestro.

- Así pensé que te llamarías, pues desde que

desde que llegué a Venezuela he oído varias veces hablar de tus curiosas y extrañas aventuras.

- Y no mentas quien tal os decía; contestó Martín.

- Tienes algun inconveniente en contarme una parte de ellas.

- Lo haré con gusto, Capitan, cuando vuestra merced lo mande. Y ha de saber vuestra merced que yo no me abro así con todos, pero desde que os encontré me agradó vuestro modo y tono y por eso me acerqué esta noche a hablaros.

- Eres español?

- No lo sé a punto fijo. Antójase me que la sangre que corre por mis venas es o toda ella mora, o tiene poca española por lo menos.

- Viví el cielo que has acabado por interesarme más de lo que pensaba! exclamó Monsalve; y alargándole la mano añadió: te saludo como compañero y quizás hasta pariente, puesto que tengo yo tambien una gran parte de esa rara (que han llamado maldita) en mi cuerpo.

- Con raron, mi Capitan, dijo el otro, que encontrara yo en vuesa merced tanta amable gallardía

y fuera tan de mi gusto vuestro talante grave y reposado..... además somos tocayos.

- Así es! dijo Monsalve, - pero me tarda saber cómo has venido à estas tierras, pues noto en tu modo de hablar y en tus ideas un acento y un giro que no son lo que prometen tu vestido y oficio.

- Le contestaré nuevamente à vuestra merced que ha adivinado, y aunque mi lenguaje no es de lo más escogido entre mis compañeros y suelen deslizarse en él ciertas frases que por cierto no aprendí en la casa en que me crié, cuando oigo hablar à un caballero como vos recuerdo al momento mis tiempos de juventud y vuelven à mi lengua palabras que habia olvidado; así como me sucede que cuando le lejos avisto à aquellas selvas y en medio de ellas la morada sencilla de los naturales, me asaltan ímpetus de tornar à la vida libre de los bosques que para mi desgracia probé. Ah! señor mio, tiempo tras tiempo corre y viene siempre diferente de lo que se nos habia figurado, y cuán cierto es aquello que decia el bendito cura

de la aldea cerca de Granada en que me crié,
"que el hombre en este picaro mundo no es más
que un viagero que va en busca de otra mejor
vida". Quiera Dios que la otra por lo menos sea
mas tranquila que la que aquí tenemos!... Per-
dóneme vuestra merced estas reflexiones que no
viene quizás al caso, y vamos al grano.

Y al decir esto se volvió de manera que pu-
diera ver á Mousalve, con la intencion de
jurgar de la impresion que en él hiciera la
narracion.

"Os habia dicho, dijo al fin de una pausa, que
no sabia á punto fijo quien eran mis padres, y
en esto no miento. Sucedió que despues de una
de aquellas emigraciones forrosas que tuvieron
que hacer los moros de los alrededores de Granada,
no sé en qué año, una buena aldeana que iba
al mercado con su asno cargado de las legumbres
de su puerta, me encontró una mañana tirado
á la vera del camino y envuelto en pobres man-
tillas; - recogíome caritativamente y poniéndome
entre las coles que llevaba fué á avisarle lo que
le sucedia al cura de su pueblo, que era la aldea

de Alhendin, manifestándole que le dolía no poder criarme, pero que era pobre viuda y llena de hijos. El cura que era un santo, y que tenía en su casa una hermana digna de él, mandó que me recogiesen y criasen allí, después de haberme bautizado, sirviéndome de madrina la aldeana. Apenas pude pronunciar algunas palabras me enseñaron a ayudar a misa; un sobrino del cura me enseñó a leer, y el buen clérigo en seguida quiso que estudiase para ordenarme, rescatando, decía, con una vida e-
-jemplar la mala nota de mi nacimiento. Pero esta profesion no me cantaba a mí, ni al sobrino del cura que tendría unos cinco años mas que yo, y que tampoco vivia contento en el rígido hogar de la casa cural.

"Cuando cumplí quince años y que me quisieron enviar a un convento para que aprendiera, aproveché la huida del sobrino del cura y nos fuimos ambos a Madrid, en donde nos hicimos cómicos y andubimos representando misterios y pastorales en España y en Italia. Pero esta vida no me duró mucho tiempo, por-
- que

estando en Cadix un dia tuvo mi compañero un asunto de honor, en el cual dejó la vida, muriendo tambien de resultas de las heridas su adversario. Metióse la justicia á averiguar el hecho, y temiendo que se me persiguiera me embarqué en la primera nave que se dió á la vela con direccion á Indias.

"Futé plaza de soldado en la isla de Margarita y en la costa de Maracaypana, y siendo curioso y aficionado á saberlo todo aprendí varios dialectos indigenas de muchas comarcas, con los esclavos que haciamos en aquellas costas. Dios en su misericordia me inspiraria aquella aficion, porque sin ella, cómo lo vera despues buera merced, de seguro no estuviera contando el cuento. Enfin, para castigo de mis pecados vine á Coro y me enganché como soldado en la expedicion que preparaba aquel maldito Aleman Ambrosio Alfinjer.... Bajo su bandera me metí con mis compañeros de armas por las serranías, campos, llanuras, montes, despoblados y desiertos que demoran al Occidente de la laguna de Maracaibo. Despues de haber pasado por

el Valle Dupar nos dirigimos á un gran
rio muy rico que corre por esas comarcas y
llaman de la Magdalena, pero nos detuvi-
mos al fin en la laguna de Famalame
que, en donde, despues de vencer á todas las
tribus de indigenas comarcanas, determinó
Alfinjer permanecer algun tiempo descansa-
do, en tanto que enviaba de tornavuelta
á Coro una gente para que llevase el oro ga-
nado en toda aquella jornada, y que nos ha-
cia grande estorbo, y al mismo tiempo com-
prar bastimentos y pertrechos para continuar
el viaje cómodamente. Para decir verdad a-
quell oro debia de estar maldito por Nuestro
Señor, porque era el fruto de las depredacio-
nes cometidas por aquellas tierras, sin taxa
ni medida, talando, robando, asesinando y
cometiendo toda suerte de crímenes. Aunque
yo ya me habia enseñado á presenciar y
aun cometer mil actos de injusticia con los
pobres naturales de estas tierras, me horrori-
zaba éntonces y me espanto hoy cuando recuer-
do todo lo que se hizo en aquella expedición.

Sea ello como fuere, ó que la casualidad hubiese reunido á los hombres mas crueles que existian, ó que el ejemplo de nuestro General era contagioso, lo cierto es que creo que jamás se habian visto juntos tantos hombres feroces é inhumanos, cuya conducta cruel no tiene ejemplo entre los mismos indios Caribes.

"Entre los veinticinco españoles que se devolvian con los sesenta mill pesos en oro, con direccion á Coro, yo fui uno de los escogidos, y entonces consideré esto como una gran dicha, porque estaba cansado de ver tantas lástimas y miserias y deseaba verme nuevamente entre gente civilizada. No me detendré en referir á vuestra merced punto por punto lo que nos sucedió en aquella memorable jornada. Solo os diré que nuestro Capitan era Inigo de Bascona, hombre recio y de caracter duro y áspero, y tan cruel como el mismo Alfinjer, del cual era hombre de confianza y grande amigo.

"Apenas hubimos andado algunos dias cuando le ocurrió á nuestro Capitan y á los que tenian voz de mando que era demasiado larga la con-

- cida

via por la orilla del mar para ir á atravesar la laguna de Maracaibo, por frente á la isla de San Carlos, y así propusieronse que habíamos de ir á buscar el lago por la parte de abajo, y sin atravesarle darle la vuelta. Durante los primeros dias nuestro viaje no fué desgraciado, y aunque sufrimos considerablemente por aquellas selvas sin camino y subiendo y bajando altas y agrias serranias como hallamos pequeñas poblaciones en las cuales nos proporcionábamos comidas más ó ménos abundantes, no nos quejábamos, sino que seguimos nuestro camino llenos de esperanza. Pero despues de atravesar aquellas cadenas de montañas bajámos á unos llanos y pantanos anegadizos y tierras que llaman tembladoras, que no tienen fondo seguro parece, en las que se consume el caminante sin que se le pueda llevar socorro ni volverse á ver señal alguna del sitio en que pereció. Además ya esta tierra dejaba de ser poblada y el clima se hacia más y más ardiente y los mante-

se fueron escaseando hasta acabarse por completo.

"Así pasamos cuarenta días, hambrientos, sin recursos y casi locos; procuramos varias veces devolvérnos hacia las sierras que nos habían dado frutas y raíces nutritivas ó buscar alguna vía que nos llevase hacia el camino más billado que habíamos abandonado, pero ya era tarde; no teníamos fuerza para caminar tanto ni reflexión para inventar algún recurso salvador. Era tal la amargura é infección de aquella tierra, que no había fruta alguna que no fuese venenosa, y nos manteníamos vivos comiendo como las bestias yerbas silvestres y hojas y tallos de los arbustos más tiernos que encontramos de un sabor por lo menos no tan repugnante."

— ¡Cómo! exclamó Monsalve; no hallábais ni siquiera animales vivos, pájaros ó lagartos ó iguanas?

"Nada absolutamente encontrábamos que pudiese servirnos para comer; se nos presentaban

á veces tigres feroces, los que huían sin dignarse siquiera acechándonos; tan macilentos y sin carne nos veían: parecíamos sombras salidas del infierno, y vagábamos sin rumbo ni dirección, sirviendo de pasto á mil insectos venenosos que nos picaban y hacían graves daños."

Iba aquí en su historia Francisco Martinduculando le interrumpió Mousalve por ir á dar sus órdenes definitivas para pasar la noche sin cuidado, poniendo centinelas en los lugares peligrosos y viendo que su caballo tuviera una cena apropiada.

Cuando vió que todo estaba en orden y que tanto él como sus compañeros habían cenado, buscó nuevamente á Martin y llevándole al sitio en que le habían colgado su hamaca, ofreció un trago de aguardiente al aventurero y metiéndose en su aerea cama mientras que el otro se envolvía en una manta y se acostaba en el suelo, le dijo que continuara refiriéndole su viaje, cuya narración le interesaba tanto que de ninguna manera

quería dejarle de oír, aunque pasara la noche en vela.

- Eso no, dijo Martín, porque tanto ovesa merced como yo necesitamos sueño; y así desde ahora digo que cuando salga la luna detras de aquel monte (que calculo será la media noche) me callaré al momento, aunque esté en lo más interesante de mi cuento, porque de lo contrario mañana estaríamos más fatigados de lo que conviene en estas jornadas.

Accedió Moursalve a lo que decía el soldado, prometiendo no exigir que continuara hablando apenas viera la luz de la luna derramarse por aquellos campos y montañas.

Capitulo V.

382

67

Francisco Martin
(Continuacion)

Ya la raíz de un árbol señalado
El oro se dejaron abscondido.

Quedó Vasconia pues con seis o siete,
Y no sé cuántos indios de cadena,
Los cuales degolló cruel machete
Para manjar infame de su cena.

(Castellanos - Parte 11 - Elegía 1)

Martin prosiguió su historia de esta manera:
"Como os iba diciendo, nuestra situacion era cada momento mas cruel y angustiada; todos estábamos sin fuerzas y sin brios, y el Basconia caminaba cojo porque llevaba un pie llagado. No teniamos animo ni para llevar las armas, ménos lo tendríamos para cargar oro, porque ya nos quedaban pocos indios cargueros; habiéndose unos muerto de hambre y fatiga en el camino y otros aprovechándose de nuestra debilidad para escaparse.

"Viendo esta situacion tan apretada y desesperante, resolvió Bascona dejar el oro enterrado al pie del tronco de una grande y bien señalada ceiba, y poniendo muchos indicios y señales en torno de aquel sitio para encontrarle despues, si Dios nos daba vida para tornar à él. Pero en realidad todo aquello se hacia como entre sueños, y estábamos tan tristes y desalentados que mas parecia que hubiésemos enterrado en aquel hoyo nuestras esperanzas que descargádonos de un peso que tanto nos habia hecho sufrir. Sin embargo cuando hube visto desaparecer entre la negra tierra de aquella selva oscura y horrible el oro que habia sido incentivo de tantos crímenes y hecho verter tantas lágrimas à los desgraciados naturales à quienes habiamos robado para arrancárselo, entonces sentí algun alivio y parecióme como si por intercesion de la Santísima Virgen Dios se hubiera por fin dolido de nosotros, debiendo el abandono de nuestras riquezas ser la señal de una próxima fortuna. Efectivamente aquel dia hallamos cer-

-tas

raíces, frutillas y cogollos de árbol que nos hicieron acallar el hambre un tanto, pero nos amaneció el siguiente y habíase aumentado de tal suerte la necesidad, que caminamos todo el día atardecidos por la flaqueza del cuerpo y con la cabeza aturdida y vacía, bebiendo agua sin cesar para calmar la sed que producía la fiebre y aquel furor de hambre que nos consumía.

"Quedáronse muertos ó exánimes dos de los soldados aquel día, pero nadie puso cuidado ni hizo alto en ello, y los abandonamos á su suerte. Por la tarde rancheámos en un ameno sitio que recuerdo como si estuviera en él, y á veces en sueño lo veo..... Nos rodeaba una montañuela de arbustos de hojas frescas, de un verde brillante, y terminaba cada rama con un penacho de flores rosadas unas y amarillas otras, á cuyo pie crecía una tupida alfombra de verde césped. Un poco más adelante brillaba iluminada con los últimos rayos del sol una bella laguneta, cuyas profundas aguas parecían remedar el

aral del cielo y su limpidez la pureza del perfumado ambiente; por horizonte veíase una larga cadena de cerros bajos y cubiertos por una neblina que parecía de transparente gasa. Cuando llegamos á aquel sitio se levantó una bandada de garzas de en medio de la laguna y huyeron despavoridas; no tuvimos tiempo de disparar nuestros mosquetes y las dejamos partir viéndolas alejarse con turbadas y estúpidas miradas y sin esperanza de encontrar otra cosa que pudiera servirnos de alimento en aquellas soledades; pues ya teníamos experimentado que las lagunetas no crián el más pequeño pez y que están plagadas solamente de arquerolos sapos, venenosas culebras y otros reptiles ponzoñosos y horribles. Además veíamos en todas partes gran número de arañas negras y peludas, hormigas cuya picadura formaba hinchazones, y nubes interminables de mosquitos de diversos tamaños.

"Después de haber vagado por aquellos alrededores, tratando de probar tal cual hoja que resultó ser amarga, picante y hedionda,

me senté ó mas bien me acosté exánime y casi sin sentido al pie del tronco de un arbus- to con mi mosquete al lado y los ojos puestos en el espacio; todos mis compañeros habian hecho otro tanto mientras que los seis ó siete indigenas que nos habian quedado recojian leña seca para hacer la acostumbrada ho- -guera. Note sin embargo que un soldado llama- do Mateo Portillo se levantó de repente del sitio en que estaba y acercándose al Ca- -pitán Barconca le habló acaloradamente, aun- -que en voz baja; el oficial le escuchó en un principio sin contestarle pero como el otro pa- -recia insistir, al fin hizo una señal de asenti- -miento y volvió á dejar caer la cara entre las manos, como la tenia ántes de que se le acercase el Mateo Portillo, que era hombre, de mal carácter y temido entre todos los mi- -seros indigenas, á quienes el trataba con suma crueldad.

" Me habia quedado dormido ó mas bien a- -letargado por el hambre, cuando me desper- -tó un grito ahogado entre el bosquecillo que

me quedaba á la espalda; pero no puse mayor cuidado en aquel incidente; y era tal mi debilidad que creo me hubiera sido imposible hacer el menor esfuerzo para moverme del sitio. Volvíme á adormecer, despertando cuando ya estaba perfectamente oscuro, y entonces noté que todos mis compañeros rodeaban la hoguera y que cada uno tenía alguna cosa que procuraba asar empalada en su machete ó en un palo, y al mismo tiempo llegó á mi olfato el opato olor de carne chamuscada.

"Impelido por el hambre lleguéme, no sé si caminando ó arrastrándome por el suelo, hasta cerca de la hoguera, en el momento que uno de mis compañeros se retiraba de ella con un grande y succulento pedazo de carne asada en la mano, el que viendo mi mirada hambrienta, levantó el machete dividió en dos pedazos la pitanza y sin decirme una palabra me dió uno. Yo me eché sobre aquella presa sin preguntar de donde provenia, me retiré al lugar que habia escogido para

dormitorio y allí me harté de carne, - en seguida, imitando las bestias del monte me acosté y me acosté y me dormí tranquilamente sin despertarme hasta la mañana siguiente; hacia muchos dias que el hambre no me dejaba dormir sino con inquietudes y sobresaltos; así fué que desperté refocilado y lleno de brio; otro tanto habia sucedido a los demas, y por consiguiente emprendimos viaje con animo y esperanza.

- "Dime, le dije al soldado que tan caritativamente me habia socorrido la noche anterior, dime; qué animal era aquel que mataron anoche, pues ahora recuerdo que jamás habia probado una carne que tuviese sabor tan extraño?"

- "¿Deveras ignoras lo que era?"

- "No tengo ni malicia.

- "Adivina!"

- "Imposible!... no era venado, porque estaba la carne tierna.

- "No, no era.

- "Tampoco era porro, porque no tenia mal olor.

- "Tampoco, - contesto el otro.

— "Sería acaso Tigre?... Yo jamás he comido, pero he oído decir que su carne, aunque blanca, tiene un sabor á almizcle que repugna... el león tiene los mismos defectos, y no sé que otro animal pueda encontrarse por aquí."

"Miróme un momento mi compañero y al fin me dijo en voz baja y algo azorada:

— "No has caído en la cuenta, hombre, de que nos falta un indio de los siete que nos habían quedado?"

"Quedéme horrorizado.... Volví á acordarme de la escena de la Tarde anterior, y comprendí que el grito que había oído era el último quejido del desgraciado indígena que moría asesinado por aquellos que habían ido á civilizarlos en nombre de nuestra santa Religión..... Pasé el día espantado ante el castigo que merecíamos todos los cómplices de aquellos crímenes, y avergonzado con la idea de que me había nutrido con carne humana. Hice el firme propósito de no volver á aceptar semejante comida, prefiriendo mas bien la muerte.... pero aquella noche estando otra
vez

muerto de hambre, me brindaron nuevamente un trozo de carne asada y olorosa.... no pude resistir à la tentacion y me lo comi.

"Cuatro dias despues ya no existia un solo indigena, y cuando nos encontramos los españoles solos en medio de aquellas oscuras selvas nos tuvimos miedo; nos miramos como animales hambrientos, como bestias feroces e inmundas, y determinamos separarnos, siguiendo cada cual su camino por partidas de cuatro, cinco o seis, pensando que de esa manera se corria menos riesgo de ser sacrificado.

"Fui por una quebra de un monte con tres compañeros más. Apenas llevamos cada uno por única arma un cuchillo, porque habiamos dejado las armas de fuego tiradas por esos borques, no teniendo ya fuerzas para cargarlas ni pólvora, ni municion para servirnos de ellas. Caminamos los cuatro todo el dia, y con la tarde del segundo llegamos à las orillas de un rio caudaloso, en donde nos sentamos à descansar. Creyendo

que ese río habría de tener algún género de peces nos pusimos á tratar de pescar con tiras de nuestras camisas atadas á un palito en forma de anzuelo que uno de nosotros hizo. (1)

"No sé cuántas horas permaneceríamos allí en vano, porque poníamos anzuelos á peces imaginarios y por consiguiente nada sacábamos.

"De repente oímos lejanas voces humanas y creímos privarnos de alegría al ver acercarse por el río una canoa con cuatro indios.

"Allí nos llegan comidas! exclamó uno de mis compañeros; el mismo Portillo ya mencionado antes.

"Pueda ser que traigan algunas frutas ó maíz en la canoa, contestéle.

"Eso no importa, repuso el otro, porque si acaso no traen comidas nos los comeremos á ellos.

(1) Este río (dice fray Pedro Simon) debió de ser el Chamá ó de los Estanques, que baja de las sierras de Mérida, arriba de la boca por donde se desagua en la laguna de Maracaibo.

" En aquel momento se acercaron los matarales en la canoa, y nosotros poniéndonos en la orilla les hicimos señas, manifestándoles elocuentemente que nos moriamos de hambre y que nos diesen algo de comer. Los pobres indios nos comprendieron, sin duda, porque inmediatamente se volvieron y desembarcando en un recodo del río, al cabo de un rato los volvimos á ver bajar por la corriente y atracando frente á nosotros pusieron en el suelo un buen poco de maíz tostado y algunas frutas y legumbres. Yo me precipité sobre aquellos alimentos y me puse á engullir cuanto pude, lo que viendo mis compañeros y creyendo que lo que habían llevado los indios no bastaría para todos, y además habiéndose acostumbrado á comer carne humana se tiraron armados con sus cuchillos sobre sus protectores para matarlos; pero todos huyeron, ménos uno, el que habiéndose

(2) No recuerdo en donde he leído que cuando el hombre llega á acostumbrarse á comer carne humana le parece aquel manjar tan delizioso, que comete los crímenes mas horribles para llevar á cabo su apetito bestial.

rebalado y caído quedó preso á manos de aquellos crueles cristianos, quienes ejecutaron en aquel desgraciado su cruel intento, y mientras que los otros indigenas se embarcaban los españoles mataron al prisionero y como tigres se lo llevaron al monte, hicieron una hoguera y araron trozos de carne humana, comiendo hasta hartarse y tostando lo que no pudieron comerse ese día para llevar un succulento fiambre. Yo por lo ménos puedo asegurar que en este horrible crimen no tuve parte, pues habia sospecho mi hambre con los alimentos que llevaron los indigenas, y así tan solo presencié aquel espantoso hecho para el que no habia excusa, puesto que teniamos á mano comidas más propias de cristianos. Ellos mientras comian se burlaban de mis escrúpulos, pues decian que lo mismo era comer indio arado que mono ó mico.

"Temiendo que volvieran los indigenas que habian huido á buscar á su compañero ó á vengar su muerte, pasamos la noche en medio de las selvas sin atrevernos á encender lumbre y trepando cada cual en un árbol aguardabamos tem-

- blando

ser devorados por alguna fiera. Felizmente nada nos sucedió, y al aclarar el día nos encontramos sanos y salvos; pero yo había hecho la intención de no proseguir camino con mis feroces compañeros; así fué que fingiéndome muy enfermo les dije que siguieran ellos adelante y me dejaran en aquel sitio en donde quería morir ó del mal que me aquejaba ó asesinado por los indios, pero que de ninguna manera seguiría adelante.

"Instaronme repetidas veces para que procurase acompañarlos, pero rehusé obstinadamente, y entonces ellos se despidieron y me dejaron, metiéndose por en medio de las breñas y sin atreverse á salir á la orilla del río en donde habían perpetrado tan horrendo crimen".

"Callóse Martín al llegar á este punto; entonces Monsalve, que había tenido los ojos cerrados los abrió para ver todo el paisaje iluminado por una clara y apacible luz: la luna acababa de coronar la cumbre del cerro y esparcía sus rayos de plata por aquel valle, bañándolo todo en un mar de claridad. Recordó entonces las palabras

395
80

de Martin, y volviendo a cerrar los ojos se quedó profundamente dormido para soñarse con los horribles acontecimientos y escenas que había descrito su compatriota.

396
81

Capítulo VI.

Francisco Martín

(Continuación.)

El Francisco Martín, ida la gente
Sin culpa de crueldad y de locura,
Una balsilla hizo suficiente,
Juzgando selle cosa mas segura
Al beneplacito de la corriente
Tr donde lo llevase la ventura.

Y el indio principal ciertos converses
Le tuvo por esclavo ciertos meses. (Castellanos. Parte II)

Todo el siguiente día lo pasó caminando Mon-
salve, y con la noche se detuvieron en un hermoso
sitio de donde le dijo Francisco Martín que se al-
canzaban á ver interminables llanuras que tenían
por confin el Orinoco. Pero ya empezaba á caer
la noche y un vapor espeso cubria todo el pais-
sage, señal de que el invierno se acercaba ya
á toda prisa, pues habia empezado el mes
de Abril de 1537. Cuando cerró enteramente la
noche el cielo estaba empañado y las estrellas

bullaban con dificultad al través de las nieblas, y rápidos relámpagos iluminaban frecuentemente la sofocante y pesada atmósfera. (1)

Monsalve habia acampado con su gente en la falda inferior de la última sierra que mira hacia los Llanos, y bajo el amparo de un bosquecillo de palmas moriches que abundan tanto en aquellas regiones.

Cuando fue tiempo de retirarse á su hamaca, Monsalve invitó á Francisco Martin á que continuara su relacion no concluida la noche anterior, y el aventurero, sin hacerse de rogar le habló de esta manera:

"Apénas hubieron desaparecido mis compañeros, cuando bajándome del árbol en que estaba trepado me fui á la orilla del rio, y como en realidad no podia caminar, habiéndome lastimado un pié, me arrojé entre la corriente y ayudado de un leño que me servia de barco y remando con piés y manos bajé un gran trecho por la orilla hasta llegar á un pueblo que está asentado en la margen del rio; quedándome enredado entre unos troncos caídos.

(1) Humboldt. "Viajes á las regiones equinoxiales."

"Viendo la vertida y macilenta figura que se presentaba de una manera tan insólita, todos los habitantes del lugar salieron a mirarme y, aunque parecían pasmados ninguno ofreció ayudarme a la orella, salvo una agraciada doncella que se estaba bañando, la que nadó hasta el sitio en que me hallaba detenido y dándome la mano me sacó y me llevó a la casa de su padre que era el rey o Cacique de la tribu. Siguiéronme todos los habitantes del lugar, manifestando su asombro al ver un hombre blanco y barbudo. El Cacique me recibió con mucha afabilidad y queriéndome honrar mandó a su hija que me alojase en su casa propia, - por cosa de grandesa, dando al mismo tiempo orden a sus vasallos para que me atendiesen y que ninguno de ofendiese. No quiso escucharme sino después de haberme dado de comer de lo mejor que tenía en su casa, y cuando hube acabado me preguntó quien era yo y de donde venia....."

- Acaso, interrumpióle diciendo Monsalve, acaso tu le comprendías su idioma?

- Si, porque el dialecto de estos indigenas se parecia

mucho al de Cubagua que yo habia aprendido.

— La entiendo, proseguí.

— "Contéstele" dijo Martin) que era indio de otra tri-
bu muy distante y habia llegado allí huyendo.

— "Y por ventura, me dijo; habeis visto por esos mon-
tes y despoblados à ciertos monstruos que han
llegado de oriente saliendo, robando y asesinando
à cuantos encuentran, los que segun me han in-
formado, caminan en cuatro patas, tienen una
cabeza de hombre y brazos tambien de hombre
y mas abajo otra como de animal" — Comprendí que
hablaba de los españoles que habian visto a caballo,
pensando aquellos pobres naturales que formaban
una sola persona el hombre y su cabalgade-
ra, y así le contesté en cubagua que efectivamen-
te los habia visto, y que huyendo de esos monis-
truos y de sus barbaridades habia llegado yo
à aquel pueblo; — y en realidad no mentía.

"A pesar de la expresa orden del Cací-
que de que se me tratase con toda suerte de consi-
deraciones, los primeros dias de mi permanen-
cia en el pueblo de Bubur (que así se llamaba)
fueron para mí muy penosos, porque, aunque

aquellos indios obedecian con puntualidad las ordenes de su señor, mientras él se hallaba presente, apenas se ausentaba empezaban todos ellos a burlarse de mí, haciéndome padecer mucho con sus barbaridades, lo que ocasionaba entre la turba multa grandes y villanas risas. Felizmente habia conquistado el cariño de la hija del Cacique, muchacha de unos catorce años, muy graciosa y amable y más trabajadora y hacendosa que todas las cristianas que he conocido. Anamayo (que así se llamaba) me libraba siempre de las manos de los subditos de su padre y me defendia valerosamente, pero como aquellos salvages continuaban burlándose de mí sin cesar, ella al fin me hizo presente que si queria vivir tranquilo era preciso que adoptara las costumbres de la tribu: dejará en primer lugar los vestidillos haragientos que habia llevado, ahorrando así buscar telas para otros nuevos, y que imitase el traje y gala que traian todos ellos."

— "¿Qué traje era aquel? preguntó Moursalve.

— "El más sencillo posible, contestó viéndose el

soldado: consistia en un guayuco o delantalcillo de cortezas de árbol, el pelo largo y el cuerpo curiosamente pintado con achiote, una mochila con hayo terciada sobre el pecho y su calabacillo de tierra blanca, y por último un carcaj con flechas, un arco en la mano o una macana bien fuerte y plumas en la cabeza. (1)

"Cuando me vió el cacique así ataviado, teniendo además la barba rapada y arrancada para imitar mejor la raza indígena, - le pareció tan hermoso y de su gusto, que me ofreció su hija como mujer legítima, y además un caney al lado del suyo y sementeras e indios para que me ayudáren a trabajar, y por colmo de honores me dijo que me llevaría a la guerra como si fuese un príncipe hijo suyo.

"Acepté a mi Anamayo a quien quería muy de veras, y después de las mojigangas de lo que ellos llamaban ceremonias de matrimonio, bauticé yo a mi mujer y procuré darle algunas nociones de Religión Cristiana, instándola para que abandonase las supersticiones e ídolos de su tribu en

(1) Fray Pedro Simón, Castellanos y otros cronistas de la época refieren la vida de Martín tal como la narramos aquí.

privado si quiera, ya que en público no lo podía hacer, porque sus mohanes y hechiceros nos hubieran hecho asesinar por el pueblo.

"Todo salió a la medida de mis deseos y mi mujer resultó tan buena que pronto me acomodé al género de vida y costumbres de mis protectores, hasta el punto que yo mismo casi no me acordaba que era de otra raza. Me hice médico y curé a muchos enfermos, formando una gran reputación por aquellas comarcas, porque me llevaban a menudo los que caían malos con una confianza que me hacía reír. Entonces me hice arrogante y grave, dándome tantas ínfulas de personaje de importancia, que ninguno hubiera osado mofarse de mí como lo hacían al principio. Sin embargo, instigados por los mohanes a quienes yo hacía coru-
-tencia, varias veces se amotinaron contra mí los subditos de mi suegro, - porque yo prohibía las costumbres bestiales que tenían, tratando de introducir otras más civilizadas. Pero nunca lograron hacerme daño alguno, porque yo siempre descubrí aquellas conspiraciones antes de que tomaran

cuerpo, merced a la vivera de mi mujer, quien parecia oler en el aire cualquier peligro que me amenazara. Siempre traté de llevarlos al buen camino por via de la dulzura, procurando apaciguar y contentar aquellas gentes con buenos modos, pero cuando les encontraba duros de corazón y no querian rendirse a las buenas razones, empleaba el mayor rigor, vencien doles por la fuerza. De esta manera desistieron de sus malos intentos, y al fin me vi obedecido por todos, tratándome con sumo respeto y consideración. Varias veces salí a combatir con mi suegro contra tribus enemigas, y me fue tan bien en esos encuentros que despues el cacique me confió el mando de sus tropas y salia yo a la cabeza de ellas con gran brío, volviendo casi siempre victorioso.

"Así viví tres años, los mas felices de mi vida, con mi buena Anamayo y dos hijos que tuve en el entre tanto, hasta que un dia llegó un mensajero que enviaba otro cacique amigo a avisar que una gente extraña se acercaba a aquellas comarcas viniendo del sur. Segun la

descripcion, que de esas gentes hizo el mensajero comprendió que deberian de ser mis compatriotas.

Un sentimiento de inmenso gozo se apoderó en tónces de mi corazon, despertándose en mí un vehemente, un loco deseo de volver á ver á las gentes de mi para y hablar otra vez en mi lengua natal. Sabiendo que no me seria posible llegarme á mis compatriotas sin licencia del Cacique, fingí mucha ira al saber que esos moustruos trataban de invadir nuestras comarcas, y pedí al momento que se me nombrase jefe de una tropa compuesta de los indios más valientes del lugar para ir á combatir y vencerles.

" El Cacique, que era hombre ya anciano, mandó que hiciese yo mi gusto y me dió plenos poderes para que despuesese el ataque como á bien tuviese.

" Recoji inmediatamente mis armas é invitando á los indigenas que más cariño me tenían salimos á encontrar á los Españoles. Apenas hubimos caminado unas dos horas por la montaña, cuando al llegar á la cima de una colina vimos avanzar por una vereda

del otro lado del río á una tropa de soldados europeos, unos á caballo y otros á pié.

"Quedéme un momento absorto y suspense y al fin saliendo de mi atardimiento y faltándole la respiracion de gozo dije con voz entre cortada á mis compañeros que permanciesen ocultos y emboscados en aquel sitio en tanto que yo me iba á reconocer de mas cerca al enemigo.

"Mientras que mis compañeros indígenas me pudieron ver caminé por en medio de los árboles con todas las precauciones del caso; pero apenas juzgué que me habian perdido de vista salí como una flecha de entre el monte y tomando á las claras la vereda, volé á encontrarme con los que ansiaba ver y oír, sin acordarme de que mi aspecto no dejaria de serles extraño. Encontrélos pasando el río, y viendo los que iban adelante presentarse en medio de su camino aquel indio todo pintado de achiote, con la cabellera larga, el arco y flecha y demás galas de los naturales, y temiendo por sumo atrevimiento que un solo

indio se le acercase tanto amenazaron al arreararme. Yo di entonces una gran voz llamando à los que iban adelante por sus nombres, siendo el uno Fernando de Alcover y el otro un soldado Escovedo.

"Ya para entonces habia atravesado toda la tropa el rio y preparábanse à seguir, pero al oír que un salvaje de aquellas apartadas comarcas les hablaba castellano, se detuvieron pasmados, mirándome con asombro.

"Avanzando Esteban Martin que comandaba la tropa díjome:

- "¿Quien eres y de donde vienes?"

- "¿Quien soy? contesté; no me conoces tampoco Esteban? Soy Francisco Martin, uno de los que con Barcelona se perdieron por estos parajes.

"Preferíle entonces muy de paso mis aventuras, lo que les maravilló muchísimo, y al punto me rodearon mis antiguos compañeros (era esta tropa lo que restaba de la del difunto Alfinjer) y enternecidos se apearon los que iban à caballo y todos me abrazaron, reconociéndome con alborozo; y à porfía procuraban

cubrirme las desnudas carnes cada cual con alguna pieza de su pobre ropa y demas prendas que llevaban. No contentos con su propia generosidad me ofrecieron una parte de las ganancias que habian hecho en la jornada, y me obligaban a recibir sendas alhajas de oro de las que traian mas a mano.

"Llorando de contento, alegria y agradecimiento volvíme con mis buenos compatriotas hasta el sitio en que habia dejado mis indios emboscados y sin mas tardar les abrí mi corazon y les declaré sinceramente quien era y el motivo que habia tenido para engañarlos (el temor de que me matasen si se descubria que era Español); acabé suplicándoles que me ayudasen a disculparme ante el Cacique y que ellos interviniesen con él para que me perdonara el disimulo con que habia vivido hasta entonces en su tribu. Al principio rehusaban acompañarme con los Españoles hasta el pueblo, queriendo huir aterrados; pero al fin logré que se rindieran a mis razones y entramos todos juntos hasta el Caney del

Cacique, quien los recibió muy bien, merced à los regalillos de cuentas y otras frivolas que llevaban los Españoles como rescates, - los aposentó en los ranchos y los proveyó de comidas y lo necesario por algunos dias. Al tiempo de partir mis antiguos compañeros me persuadieron que me volviese con ellos à tierra de cristianos y à vivir como Dios manda, lo cual hize sin poder llevarme à mi Anamayo y à mis hijos, porque el Cacique le prohibió à su hijo que saliese de su tribu. Dejé allí, pues, esa familia que me era tan querida y fuime à vivir à Coro, en donde me dieron un empleo, pero me encontraba allí tan fastidiado y triste, que en breve me ofrecí à un Capitan Vanégas para ir con él à buscar los 60,000 pesos que yo habia ayudado à enterrar con el Capitan Bascona y demas compañeros. Aunque mucho buscamos el tesoro no me fué posible dar con el sitio y al regreso, viendo la senda que yo sabia conducia al pueblo de Babure, no pude menos que abandonar à la tropa Española y volverme à ver à mi mujer y mis hijos, que debian ser ya tres.

Llegué al pueblo una noche y fuime à mi antequa

casa, en donde encontré que mi Anamayo no había querido volverse á casa, aunque así se lo había mandado su padre, y me dijo que no podía ya acomodarse sin mí! Viéndola tan amable y bondadosa, no tuve inconveniente en quitarme de nuevo los vestidos europeos y volver á entregarme á mi antigua vida de indio salvaje; allí viví un año, aunque no tenía mi conciencia muy tranquila y comprendía que mi vida era contraria á las leyes de la Religión y la moral; así fué que habiéndome encontrado en una excursión por la orilla del lago de Maracaibo con una tropa de Españoles, me dejé llevar otra vez á Coro; pero esta vez no iba solo, pues me robé á mi mujer y á mis hijos, á quienes vestí como cristianos. Habiendo hecho bendecir mi matrimonio por un padre franciscano, me establecí ya mas contento en las cercanías de Coro; pero al cabo de poco, el cambio de vida enfermó á mi mujer y se me murieron dos de los hijos que tenía. Mi mujer vivía tan triste y afligida, que no me sorprendí cuando una mañana encontré que mi Anamayo se había vuelto á sus montes y tribu.

Fuíme tras ella y vivimos juntos otro tiempo en su pueblo; pero ya los indios me miraban con suma desconfianza, y varias veces quisieron matarme, sin que el cacique se tomase la pena de defenderme, pues no podía perdonarme el que me hubiese llevado a su hija sacándola de la tribu contra sus órdenes expresas. Un día, pues, supe había españoles en las inmediaciones, me fui a buscarlos y volvíme otra vez a Coro, pero sin lograr en esta vez que me acompañara mi mujer, que tenía una invencible repugnancia al vestido y a la vida civilizada."

Después de dar un hondo suspiro, el soldado continuó diciendo con acento triste.

"Sin embargo, me ferrigue sin cesar el deseo violento de volverme otra vez a buscar mis hábitos y mi vida de las selvas; pero me han prohibido que haga tal cosa cuantos hombres de valer me han conocido y a quienes he referido mis aventuras, y para quitarme la tentación me aconsejaron engancharme en esta tropa, diciéndome que la ansia de volverme a la vida salvaje

no se me quitaría mientras viviera en estas provincias..... Además, añadí, cuando vivía entre los indios me hacía también gran falta la sociedad de europeos y de gentes racionales con quienes tratar. El hombre decididamente no puede ser dos cosas al propio tiempo: cristiano y salvaje; y siento algunas veces que soy completamente uno y otro, - que os aseguro que considero me el hombre más desgraciado!"

Agradecióle Monsalve grandemente su relación al semi-salvaje, y después de haber conversado los dos largo rato ambos se quedaron dormidos..

Capítulo VII.

La inundacion.

Primos procelosos del invierno
 Venian extendiendo ya la mano,
 Pues de crecientes fuera de sus senos
 Los campos comarcanos iban llenos.

(Castellanos. Parte II)

Empezaba a percibirse la vaga claridad del naciente dia cuando Mouralve despertó sobresaltado oyendo los quejidos más tiernos y lastimosos acompañados de tristisimos alaridos. Incorporóse al punto y dirigiéndose a su nuevo amigo Francisco Martin le preguntó qué significaba aquello. — Fue a questo no os alarme, contestó el otro; son los monos llamados ahulladores, — y esos gritos anuncian la próxima salida del sol a la par que la entrada del invierno. (1)

— A fe mía, exclamó Mouralve, que son huéspedes poco agradables!

— Son animales inofensivos, dijo Francisco; y lo

(1) Humboldt - Viajes a las Regiones Equinociales.

raro de estos animales, es, nótelo vuesa merced, que hay entre ellos siempre que canta como maestro de coro, contestándole los demas todos juntos.

Entretúvose Mouralve oyendo aquel eumor salvaje, mientras que los soldados y cargueros le vantaban prontamente el campamento alejándose para continuar la marcha.

Apénas se pudo distinguir alguna cosa á la luz del nascente dia, Mouralve vio venir hacia ellos una larga procesion de monos que se adelantaban de rama en rama y paraban de un árbol á otro pausadamente, yendo delante de cada grupo un macho que servia de guia y detras las hembras con sus crías cargadas.

A pesar de la salida del sol, el paisaje estaba todavia cargado de vapores cuando emprendieron marcha cuesta abajo. De repente, cuando hubieron caminado algunas cuadras, empezó á soplar el viento á lo lejos el que fuere adelantando por en medio de los vapores que dispersó, deshizo y anonadó como por encanto, dejando en un momento descubierto el paisaje ante la vista atónita de Mouralve. Allá en el último confin

del horizonte las nubes negras y amenazadoras tocaban el suelo y se confundían con él, comprendiéndose que una copiosa lluvia bañaba toda aquella zona; más cerca se extendía una inmensa, al parecer interminable e inmóvil llanura que semejaba completamente un mar, porque casi toda ella estaba bañada de agua aunque la salpicaban grupos de bosquecillos de palmas, tal cual roca aislada y montículos de arena sin ninguna vegetación. Sin embargo al observar mejor la sabana veíase que no estaba enteramente cubierta de agua todavía y que había grandes trechos, largos deltas de terreno seco que ofrecían paso al que quisiese atravesarla.

A lo lejos veíanse hormiguar grande tu multo de gentes a pie y acaballo que parecían caminar lo más aprisa posible en dirección a la sierra.

— Es el ejército de Federmann! exclamó Martin, y si no apresuran el paso, dentro de poco quedarán sepultados entre las aguas que crecen y suben sin cesar. Mire vuestra merced, añadió el

soldado, dirigiéndose á Mousalve, misa vuesa merced, aq'el borquecillo de moriches que hace un momento estaban en seco, y ahora ya empiezan á cubrirese las ramas de las palmas!

El espectáculo era imponente y aterrador.... sin embargo Federmann y su tropa se adelantaban considerablemente y ya podian distinguirse las personas, cuando Mousalve, que tambien habia bajado hasta el último escalon del cerro, mando que detuviese su gente el paso, descargasen allí los avios y se a-prontasen todos a salir á ayudar á su general si esto fuese preciso.

A medida que se acercaba el exercito por la parte más elevada de un montículo que á cada momento se cubria más y más Mousalve notaba que Federmann se habia quedado atras y parecia tomar el mayor interés en la marcha de una gran litera cubierta con un toldo, la que parecia pesar mucho; por lo que los indios que la cargaban no podian caminar á la par de las gentes de á pié y mucho menos de las de á caballo.

Pensó Monsalve que allí deberían de llevar los enfermos del ejército y no pudo ménos que admirar la bondad y suma caridad con que trataba Federmann à sus soldados.

Sin embargo la nube negra que habían visto en el confín del horizonte cargada de agua se fué rápidamente acercando con su séquito de lluvia, relámpagos y viento, y al mismo tiempo los espectadores notaron que la inundacion, que al principio subia lentamente, más luego fué creciendo con tanta velocidad, que en pocos instantes cubrió todos los lugares que se habían visto secos y enjutos momentos antes, y el agua turbia y crecida remolineaba y se estrellaba en torno de las rocas y arbustos que encontraban à su paso.

Los inundados entonces empezaron à perder el camino y muchos caían en lo hondo, teniendo que nadar hombres y caballos hasta llegar uno à uno al sitio en que se hallaba Monsalve detenido. Todos fueron llegando al terreno más seco sin mayor dificultad, ménos los que cargaban la litera,

quienes luchando con el peso de su carga y las corrientes que les impedían el paso apenas llegaron jadeantes á un montículo de arena que empezaba á cubrirse de agua. Federmann con dos oficiales á caballo habia permanecido al pié de la litera sin quererla abandonar; pero la posicion era muy crítica y el agua subía sin cesar llegando primero á los tobillos de los indios cargueros, en seguida á la rodilla, emperándose á ver que la litera se hundía y que los cargueros trastabillaban á pesar de que Federmann procuraba ayudarles en lo que podía.

- Cuánto interés toma nuestro General con los enfermos! exclamó Mousalve, - en verdad que esta caridad es bien para entre los Capitanes de Tierra firme!

- Cuales son los enfermos de que hablais? preguntó un soldado llamado Luis Caro que se habia desmontado y ponía á secar sobre una piedra la silla y los aperos que se le habian humedecido.

- Los que vienen en la litera, - contestó Mousalve.

- El enfermo no es mas que uno, contestó riéndose el soldado, y ese es de poca ó ninguna importancia.

- Porque no ha de importar? preguntó indignado

nuestro heroe. La vida de un hombre es siem-
pre preciosa.

- Talvez, contestó el otro, - pero mucho dudo que le
interese à nuestro General gran cosa el que se
salve ó no el indio viejo que viene ahí... lo que él
cuida es la hija del anciano Cacique: una bella
mora, blanca como la plata.

- Luego quién viene en la litera ?

- Solo la familia de indigenas que vuesa merced
recordará cautivó Juan Fuerte hara para dos meses.

- ¿ Aquel indio que tenían en Tormento y que
defendió el General ?

- Ni más ni ménos..... El curioso del caso es
que nuestro Federmann se ha prendado tanto de
la albina que no permitió que se fuesen à su
tierra, bajo pretexto de que el anciano no podia
caminar por tener los piés ampollados por las
quemaduras, y en seguida se trajo à la fami-
lia y trata à la india como si fuese una dama.
Como le molesta la luz à la albina le mandó
hacer aquella litera que veis en la que la lleva
como una princesa rodeada de una corte de in-
dias de las que ha podido prender por estas co-
-marcas

y cargándola una multitud de naturales de estas tierras, los que deben de creer que es alguna cacica de gran valer y nombradía.

- Valgame Dios! exclamó Mousalve muy sorprendido; éras tenemos ahora! añadiendo; y es verdad lo que decís, amigo?

- Tan verdadero es como los Santos Evangelios; y si no me cree vuesa merced preguntesele al reverendo padre Requejada que la está instruyendo en la lengua castellana por orden del General, y además le enseña las verdades de la Religión Católica lo mismo que al viejo y al niño.

Entretanto la litera continuaba su marcha trabajosamente por la cumbre de uno de los montículos de que hemos hablado, el que aunque cubierto de agua, todavía daba vado. Todo el ejército reunido ya en la falda de la sierra contemplaba aquella escena con interés, pero sin poder hacer nada para socorrer á los que estaban en peligro. De súbito vióse que los indios cargueros, después de vacilar unos segundos, se hundieron con la litera que soltaron al verse casi ahogados y se salvaron á nado..... Entonces Federmann

que montaba un poderoso caballo rucio rodado, abrió el toldo con una ligereza increíble y sacó a la india albina, y aunque el caballo parecía hundirse con su carga doble echóse á nadar con ella en direccion á la tierra firme. Pero no por eso el buen General olvidó á los otros moradores de la litera, porque les gritó á los oficiales que le acompañaban que salvaran al anciano y al niño. La litera sin embargo habia desaparecido de la superficie de las aguas, y con ella el desgraciado anciano y el niño. Dieron vueltas en torno de aquel sitio durante algunos momentos tanto los dos oficiales como el indio, que recordarán nuestros lectores habia servido de intérprete á su antiguo Cacique cuando este llegó al campamento español, pero en vano, pues uno y otro se habian ido al fondo. Volvianse ya á tierra temiendo perecer tambien, cuando notaron que el perro de Federsmann nadaba fuergando para arrastrar un bulto que procuraba sacar de en medio de la tolda de la litera, fieronle á ayudar al buen Fiel, descubriendo que lo que arrastraba era

el niño ciego, el que le quitaron, llevándole á tierra Miguel Holguin, que era uno de los oficiales que acompañaban á Federmann en aquella empresa y que por segunda vez salvaba al niño de ser abandonado.

Federmann entretanto llegaba á Tierra, cegado por la lluvia que ya estaba encima de ellos y los relámpagos que no cesaban, y ensordecido por las fuertes detonaciones eléctricas que estallaban por todos lados. La pobre Unarina lloraba amargamente y pedía con doloroso acento que salvarsen á su abuelo y á su hermanito, y trabajo costó impedirle que volviese á tirarse al agua para irles á buscar. Calmóse sin embargo un tanto cuando hubo recibido en sus brazos el cuerpo inanimado del cieguillo olvidando el dolor de la pérdida de su abuelo en los esfuerzos que hizo para tornar á la vida al pobre niño, el que á poco rato volvió en sí para abrazarla con ternura.

Una tropa de indios é indias ladinas (1) la rodeaban y atendían y como felizmente

(1) Así llamaban los conquistadores á los indios intérpretes que llevaban consigo.

el equipaje se habia podido salvar a tiempo, en breve, cuando calmó la tempestad, cambiáronse todos los vestidos y no hubo otra desgracia que la muerte del pobre anciano y la perdida de la litera con algunas de las ropas que Federmann habia regalado a la familia de Unarina, la que, así como el cieguillo, estaba ya enseñada a andar vestida.

Después de aquel peligro que habia corrido todo el ejército de Federmann, este comprendió que no era prudente viajar en los meses de invierno por aquellos parajes y que por fuerza era preciso descansar durante los meses de Abril, Mayo, Junio, Julio y Agosto, porque las lluvias son entonces en los Llanos tan fuertes y constantes que se inunda toda la tierra baja y se hacen intransitables las vías por las sierras y partes altas. Volvieron pues, sobre sus pasos y acamparon en un sitio ameno a la salida del valle de Barquicuneto.

Federmann tenía, sin embargo, un carácter tan activo que no podia acostumbrarse a estar

queto en un mismo lugar, y deseoso siempre de recibir las noticias que ansiaba, no solamente de la Corte sino tambien de Santa-Marta, y ademas algo avergonzado de que Mousalbe viera cómo habia cambiado su corazon los ojos extraños de Unarina, Federmann no pudo permanecer muchos dias en el Campamento y con algunos compañeros, llevando entre ellos á Mousalbe, se fué hasta el Tocuyo y envió mensajeros á Coro, los que no encontrando ninguna noticia volvieron pronto.

Hubiase quedado Unarina en el campamento sola ya con su hermanito y bajo la proteccion del padre Pequjada, quien la defendia de las malas burblas de los soldados que no querian mirarla con el respeto que mandara Federmann se tuviera para con ella. Felizmente la pobre albina tenia un talento natural que le hizo aprender rápidamente la lengua castellana, lo que le sirvió para imponer respeto á los soldados del ejército, poco ó nada acostumbrados á tratar las indias de otra manera que no fuera como á bestias

de carga. Ya hemos dicho que lo que mas extraño tenia nuestra india eran los ojos, y decian los españoles que jamás se atreverian á arrostrar su mirada, que tomaba un fuego y un movimiento poco naturales en ojos humanos cuando se manifestaba dirigida lo que acontecia muy rara vez, pues ella procuraba permanecer entre las indias que la habia dado Federmann para que la sirvieran sin mezclarse con los españoles en lo minimo.

Pero no se crea por esto que Unarima era arrogante ó caprichosa; al contrario, manifestábase humilde y afectuosa, amable y respetada con todas las personas que la trataban con consideracion, y sobre todo habiale jurado á Federmann una admiracion y respeto sin limites, obedeciéndole hasta en el menor capricho; pues se consideraba su sierva y su cautiva, y su abuelo le habia mandado una vez que supo que Federmann le habia salvado del suplicio, que nunca se apartaria de él y lo mirara hasta el fin de sus dias como su amo y señor.

Viendo el General que nada se sabia en Coro de España ni de Santa Marta, y ademas deseoso de volver à buscar su campamento y los Tesoros que para él ya encerraba, volvióse al Real, encontrando que se tenían noticias de los enfermos que habia devuelto su Gobernador Espira, los que se creia deberian pasar por un sitio no muy lejano del confin del valle en que se hallaban.

Inmediatamente, y sin hacer alto en el deshecho invierno, mandó Federmann que saliese Pedro de Limpias en busca de la gente de Espira para tomar noticia de ella acerca de la via que habia llevado su Gobernador, con el objeto de tomar aquel un camino diferente, pues de ninguna manera queria hallarse con Espira ni obedecer órdenes de nadie.

No tenemos aqui tiempo ni lugar para referir los pormenores de aquella excursion de Pedro de Limpias; baste al lector saber que despues de pasar muchos trabajos

y peligros, á causa del crecimiento de las aguas y de las continuas lluvias, volvióse aquel á pocos días al real sin haber encontrado con la gente de Espira.

Fartidizados los soldados con tanta ociosidad y forrado descanso, pidieron y obtuvieron licencia de Federmann, que no estaba menos impaciente que ellos para continuar su viaje, y habiendo minorado los aguaceros por el mes de Julio, levantaron el campamento y emprendieron nuevamente camino.

Despues de pasar muchos trabajos y penalidades, atravesando varias provincias pobladas de indios con los que Federmann siempre se manifestó bondadoso y humano, al fin, viendo que las lluvias no cesaban y que no podian bajar á los Llanos porque estaban inundados, resolvieron detenerse en un pueblecillo cuyos moradores habian abandonado á la llegada de los Españoles, temiendo, no sin fundadas razones, que los invasores los maltuvatasen.

Disgustado Federmann de que aquellos habitantes le miraran con desconfianza, mandó á los soldados que no tocaren ó se llevasen

cosa alguna de las caras de la poblacion indí-
-gena, - pero los Españoles que atendian más al
deseo de lucrar que á otra cosa, se sacaron cuan-
to encontraron en los ranchos. Viendo aquello el Ge-
-neral y llevado de la indignacion que le causa-
-ba el mal manejo de su tropa exclamó:
- Oh! qué poca vergüenza de soldados!

Hizo tanta impresion aquella palabra
de su General á los soldados, porque como hemos
dicho, los trataba siempre con afabilidad y sumo
comedimiento y caballerosidad, que por memoria
de tan inusitado encono con ellos pusieron á a-
-quel pueblo el nombre de Poca Vergüenza. (1)

Despues de permanecer en aquella aldea al-
-gunos dias descansando y recogiendo cuántas
comidas pudieron, continuó su marcha Federmann,
hasta llegar á un punto en donde casi se vie-
-ron ahogados por las inundaciones, teniendo
que acogerse á una colina que sobresalía de las
tierras bajas y cubiertas de agua.

(1) Este, como los hechos históricos de nuestra relacion,
ha sido tomado de las historias y crónicas de fray
Pedro Simon, José de Oviedo y otros documentos cuya lis-
ta se encontrará en la Nota 10^a.

Capítulo VIII.
El árbol de la leche.

428
113

De tal manera que les fué forzoso
Suspender sus peregrinaciones,
Buscar lugares para el reposo
Y recoger algunas provisiones.

(Castellanos. Parte II)

Una semana hacia que Federmann estaba acampado en la cumbre de una colina rodeado de agua. A poca distancia se veía un extenso bosque situado en un terreno mas elevado, pero separado del Real por una ancha corriente de agua. Los alimentos se habian escaseado y apenas si les quedaba una provision abundante de maiz, por lo que los soldados habian procurado varias veces visitar el bosque de que habíamos con la esperanza de hallar en él frutas y raices alimenticias; pero siempre habian vuelto con las manos vacias, asegurando que aquella selva no abrigaba sino animales dañinos y ponzoñosos y frutas y raices venenosas. Los enfermos, que eran bastante

se quejaban asegurando que no podían absolutamente mantenerse con los escasos alimentos que se les proporcionaban, y todo el ejército estaba triste y afligido, sin que su General pudiese remediar este accidente y solo les consolaba con la esperanza de que las inundaciones habían de bajar muy en breve.

Una mañana se le presentó al Alemán la bella india Unarima, la que había bautizado el padre Requejada con el nombre de Gracia que tan bien le cuadraba. La india emperaba ya á consolarse de la pérdida de su abuelo, que había sentido mucho y llorado largos días, y una amable sonrisa vagaba por su rosada boca é iluminaba sus brillantes é inquietos ojos. Su larga y rubia cabellera no se extendía sobre las espaldas como cuando la vimos el primer día, sino que recogida en dos gruesas trenzas le descendía hasta más abajo de la cintura; vestía un ropaje, como una camisa, azul oscuro, que apenas le llegaba á la rodilla, dejando descubiertos los brazos y la parte superior del pecho, cuya

blancura deslumbraba; por último cenía su breve cintura un cinto de cuero de tigre, y un rosario de chochos negros y rojos con su cruz de madera le adornaba el cuello. Ya había aprendido à hablar con alguna corrección el castellano, durante los ocho meses que había vivido en el campamento, y sabía muchas oraciones de memoria, merced à la enseñanza del buen padre Pequejada y del bachiller Verdejo que la habían tomado bajo su protección.

Acercóse la india à Federmann e hincando en tierra una rodella y cruzando humildemente los brazos sobre el pecho, como tenía costumbre de hacerlo cuando se dirigia à su Señor, le dijo:

- Amo mio y señor! Yo tu esclava y cautiva vengo à pedirte una merced.

(Unarina, como todo el que no comprende las costumbres del mundo, siempre hablaba de tu à todos)

Federmann la ofreció las manos y la levantó del suelo diciéndola con tierna solicitud:

- ¿Qué quieres, vida mia, qué desearás que yo no procure darte?

- Quiero, dijo ella, licencia tuya para ir a aquel monte; y mostraba con el dedo la selva de que hablamos arriba.

- Para qué queris ir a esa fea y oscura selva, contestó Federmann, - mas bien iria yo misma a traerte de allá lo que se te ha antojado.

Una nube de carmin cubrió el rostro de la albina y bajo hasta el blanco pecho descubierto.

- Tu no, yo quiero ir! exclamó.

- Dime qué es lo que deseas buscar!

- Tu no conoces lo que quiero, - contestó.

- ¿Y con quien piensas ir? preguntó él, no serás sola presumo.

- Sola no, con (y levantó 4 dedos porque aun no habia aprendido a contar) de las compañeras que tú darás a mi.

- Nadando?

- En una balsa que ellas hicieron, y que está en la orilla del agua.

- ¿Qué piensas encontrar en ese monte? Por ventura algunas frutas buenas para comer?

- Comidas para los pobres enfermos, contestó.

- Bien, querida mia, eres tan buena!... Vete,

pues, á buscar lo que quieras; eso te distraerá y contentará, mi Unarima!

Al oír esas palabras arrazaronsele de lágrimas los ojos á la pobre albina y juntando las manos con animacion dijo:

- Si; llámame tu Unarima como el abuelo! Todos aquí dicen Gracia, Gracia! pero tú, Unarima, como en mi tierra, en mi isla!

Y volviendo á hincarse al pie del General levantóle una mano la llevó á los labios ántes de que este pudiera impedirselo, y un momento despues estaba ya lejos del rancho.

Cuando hubo bajado Unarima de la colina en que estaban acampados, llegó á un sitio medio oculto por algunas palmas morichas, en donde encontró á las seis indias que la servian particularmente, quienes se ocupaban unas en jugar con el ciguillo y otras en ayudar á varios indios también de la servidumbre de Unarima á aderezar una balza hecha con troncos de palma pequeños y atados con fuertes bejucos. Al punto mandó Unarima á aquellas indias

- dias

que se devolviesen al campamento con el niño, y pocos momentos después regresaron á la orilla del agua con sendos calabazos y un cuchillo, habiéndose quedado dos de ellas con el cieguillo. Metieron la balsa al agua y entraron en ella Unarina y sus cuatro compañeras, después de haber puesto en su embarcación los calabazos que llevaran. Sentóse la albina en medio de la balsa, mientras que las indias, tomando unos largos palos en las manos se preparaban á apoyar los contra la orilla para empujar lejos de ella la embarcación, cuando se presentaron cerca de la playa dos jóvenes españoles, llamados Bartolomé y Gerónimo Herreño, hermanos, y á cual más truhan y chocarrero, los que seguidos por un alemán de malas inclinaciones, Anton Flamenco, y Lorenzo Villasparas, soldado roer y bellaco, se acercaron á la balsa gritando entre alegres é insolentes.

— ¿No nos lleváis también á vuestro paseo, bella cucica? No os alejéis así ingrata ninfa dejándonos abandonados en esta playa de
-sierta

sin la luz de esos ojos de cielo! Dadnos cam-
po, señora, en nuestra embarcacion que tam-
bien queremos divertirnos en tan buena com-
pañia!

Y al decir estas palabras cogió uno de ellos la
extremidad de la larga percha que tenia una
de las indias levantada para meterla entre
el vecino barranco y empujar la balsa.

- Déjale el palo, Anton Flamenco, gritó Unarima,
yo voy sola con mis compañeras.

- Eras son fingidas esquivaces de las bellas! ex-
clamó á la sazón Juan Fuerte que tambien
se habia acercado á la orilla con otros que
habian oido las voces - Eras son esquivaces!
volvió á decir, y tu Unarima ó Gracia eres
mia por que yo te cautivé! Abre, pues cam-
po en la balsa que es bastante grande para
que quepamos todos.

- Eso no, exclamó entonces Miguel, el criado
de Mousalve que estaba por allí, porque si
entran muchos aseguro que todos se van al fon-
do.

- ¿Qué te importa eso, bellaco! gritó Juan Fuerte

volviéndose hacia Miguel y descargándole un golpe que le bañó la cara en sangre.

Acercáronse entonces varios españoles, entre ellos Moursalve, que tomó la defensa de su criado, y armóse una pendencia general en la orilla, lo que aprovechando Unarima arrancó una de las perchas de las manos de una india, la que no sabía á quien obedecer, y empujándola en la orilla empujó hábil y fuertemente la balsa que se alejó dos ó tres varas de tierra; imitaron las otras su ejemplo y pocos momentos despues estaban ya lejos del campamento. Pasando por encima de un riachuelo cuyas aguas se confundian con las de la inundacion, en breve rato llegaron á la selva que buscaban en cuya orilla atracaron, y atando la balsa al tronco de un árbol todas cinco desembarcaron llevando consigo los calabazos y el cuchillo.

Entretanto la disputa entre los soldados se hacia más y más violenta hasta que teniendo de ello noticia Federmann bajó á preguntar qué significaban tan dextempladas voces. Con

difícultad guardó el alemán su serenidad al saber la manera insultante con que aquellos hombres habían tratado á su predilecta Unarina, y aunque muy indignado no les dijo personalmente cosa alguna sino que les mandó prender y poner en el cepo, añadiendo que en adelante castigaria con severidad, ejemplar á todos aquellos que se atreviesen á insultar á cualquiera de las pobres indias del campamento.

Ninguno de los castigados contestó cosa mayor y sin murmurar sufrieron el castigo impuesto por su General.

Unarina y sus compañeras se metieron en el bosque, guiadas por la primera que llevaba el cuchillo diciéndoles en una lengua que ellas entendian:

— Estoy segura que encontraremos mas adentro lo que busco, porque he oido cantar anoche un pájaro que se mantiene con este alimento, que no puede estar lejos.

Despues de errar algunos minutos por en medio del bosque Unarina dió un grito de

goro y se acercó á un árbol que crecía pegado á una roca y parecía seco y casi muerto, contrastando con las verdes y frondosas ramas de las vecinas plantas. Unarima en seguida hizo una incision en el tronco del árbol y puso debajo uno de los calabazos que habían llevado; al momento brotó del tronco un licor blanco como la leche, el que distribuyó primero a sus compañeros y tomó ella, y cuando se hubieron satisfecho todos llenó los calabazos que había llevado con aquella leche vegetal que semeja perfectamente la de vaca y que tiene las mismas propiedades nutritivas (1).

Poniendo los calabazos llenos en lugar seguro nuestras indias continuaron su paseo por el monte, y mientras que unas recogian gran cantidad de caracoles del tamaño de un puño que había en el suelo y los amontonaban en la balsa, otras cogian unas uvas muy gustosas que crecían en racimos en unos árboles que parecen nogales (2) y cortaban los

(1) Humboldt - Viages á las regiones equinoxiales. Nota 5^a

(2) "Hasta que llegó nuestro gentío

A la ribera de un potente rio.

cogollos de cierta palma que por allí había y es una excelente comida; bajaron también, aunque con alguna dificultad, vainas maduras de canofistola (precioso remedio contra las fiebres); esquivitas almendras de palma, mas tierna y perfumada que la europea (almendrones); marorcas de un grano que usaban los indios hervido haciendo una bebida muy sabrosa, grano que después se generalizó con el nombre de cacao. Además hicieron acopio de ciertos gusanos mantecosos que viven en las palmas que llamaban los indígenas bombasi, y que les servían para sazonar sus alimentos y dar luz á sus candiles, así como otras palmas que después llamaron los españoles de cera

Donde hallaron árboles averos,

Bien conocidos ya de los antiguos,
Que para los hambrientos compañeros

No dejaron de ser buenos amigos

Por tener sus racimos muy enteros

Las uvas dellos grandes como higos

De gran suavidad y cordiales,

Y estos árboles son como royales.

(Castellanos - Parte II - Elegía III)

con lo cual hacían hachones perfumados que daban buena luz. Entre otras frutas llevaron lulos, Tamarindos y pinuelas para refrescar los paladares calenturientos. No olvidó Unarina coger algunas flores para poner en el altar portátil que en todas partes adornaban los sacerdotes lo mejor posible, - así llevó ramilletes de arweenas de árbol, blancas y rojas, y flores de cámbulo y algunas de las llamadas de Espiritu Santo que tienen la forma de una paloma blanca.

Declinaba ya el sol por occidente cuando Unarina y sus compañeras regresaron al campamento. Inmediatamente distribuyeron entre los enfermos y convalecientes la esquisita leche que llevaban en los calabazos, causando la mayor sorpresa entre aquellos europeos que no podían creer que fuese leche vegetal porque su sabor es como la mejor de vaca. En seguida pusieron a cosinar los caracoles con los cuales hicieron un excelente caldo, y moliendo la fruta de otro árbol que también habían llevado hicieron un excelente pan que distribuyeron entre los más débiles

y desgraciados fatigados y a del pan de maiz. Además entregaron la cañafistola y demas efectos propios para los enfermos à Maese Juan, que era el encargado de administrar los remedios à los enfermos, y por último distribuyeron entre los demas soldados las fuetas y el cacao, con lo cual se confortaron y agradecieron en el alma tan bien hallado auxilio.

Al momento que supo Unarina el castigo que sufrían los soldados que la habian insultado, corrió à pedir à Federmann que les perdonase, y ella misma fué, apenas consiguió licencia, à soltarles llevándoles una porcion de las mejores que habia encontrado en el bosque.

Esta generosa conducta de la hija de Unarín le ganó el corazon de todo el ejército, y tanto Juan Fuerte como los demas truhanes de la tropa juraron servirla y respetarla en adelante como si fuese una verdadera dama.

Desde ese dia, y durante toda la semana

que permanecieron en aquel sitio, las compañeras de Unarima no dejaron de ir a mañana y tarde al bosque a traer leche para los enfermos y demás provisiones que allí encontraban, y de tal manera produjeron aquellas frutas y deliciosa leche buen efecto entre los enfermos que en breve todos recuperaron fuerzas y salud.

Capítulo IX.

442
127

Unarina y Federmann.

Yo volveré, señor, de buena gana
Por la seguridad de mi conciencia,
Que pretendo morir como cristiana
Y con mejor recato y advertencia.

Fluyó con el temor por la montaña
Desconsolada, triste y afligida.

(Castellanos).

Monsalve había notado que á medida que crecía la buena voluntad que Federmann tenía á Unarina, más embarazado y serio se manifestaba con él, pues naturaleza comprendía que el español había de criticar la conducta del que sería yerno de don Juan de Pineda, y solamente delante de Monsalve sentía embarazo porque solo él conocía en el campamento su compromiso con doña Catalina. Entretanto Monsalve estaba contento y alborozado al pensar que su buena estrella le había llevado á seguir los pasos de Federmann y descubrir sus debilidades.

Pero esto no le bastaba: soñó con arreglar las cosas de tal manera que se hiciera para siempre imposible el enlace entre su General y Catalina, y propúsose por tercera mano trabajar para que se llevase á cabo su propósito.

Las lluvias habían cedido casi por entero y veíanse bajar gradualmente las aguas de la inundación; así los aprestos para la próxima partida se hacían en el campamento con actividad, pues querían tener todo en orden para emprender marcha apenas se viera alguna vía seca por donde pudieran seguir hacia los Llanos.

Una bella tarde del mes de agosto veíase pasear, al parecer recitando sus oraciones vespertinas, al bueno del bachiller Verdejo, y al mismo tiempo cuidaba que no fueran á alejarse del campamento las cuatro gallinas y el gallo que con mil desvelos había llevado hasta ese punto, librándolas con sumo trabajo de la codicia de los soldados que con gusto las hubieran matado cien veces para

comerselas. (1) De vez en cuando dejaba de rezar con su habitual fervor y fijaba la mirada con interés en ciertos puntos ya secos que se veían desde allí, los que patentizaban que las inundaciones empezaban á bajar tanto que no se pararian dos dias ántes de que se emprendiera nuevamente marcha.

Aprovechó Monsalve uno de esos momentos de distraccion para acercársele diciendo:

- Hace muy bien vuesa merced en cuidar esos animalijos personalmente porque nada raro será que quisieran robárselos nuestros hambrientos soldados.

- Valgame Dios! señor don Francisco, contestó sonriendo el buen sacerdote, porque se los tengo encomendados á Nuestra Señora de los Desamparados, ofreciéndole un novenario de misas si logró establecer la cria de gallinas en la poblacion que hemos de fundar, como lo ha mandado nuestro señor el Emperador. Ademas sería una grande imprevision de parte de estas gentes, porque aunque se me han muerto y

(1) El bachiller Verdejo fué el que introdujo á Santa Fé las primeras gallinas.

perdido algunas de mis pobres gallinas, estas pocas ponen varios huevos diarios que sirven para los enfermos más débiles del campamento.

- Falver, ahora mi reverendo doctor, no tratarán de hacer mal alguno à estas aves, por que gracias à la deliciosa leche de árbol que tan útilmente descubrió en aquel bosque la india Unarina, los enfermos están bien alimentados.

- No la llameis así, exclamó el clérigo, porque ella es cristiana; yo mismo la bauticé, siendo su padrino el padre Reguejada, y le puse Gracia, por ser el día de Nuestra Señora de Altagracia aquel en que ella tuvo la dicha de entrar en el redil de Nuestro Señor Jesucristo. Además, Gracia es una moza humilde, caritativa y trabajadora como ninguna, à pesar de que dicen que su padre ó abuelo fué un Cacique muy cruel en sus proceidades.

- Pero no os parece que por lo mismo que es ya cristiana y buena mujer el General no debería mirarla con ojos tan cariñosos?

- Os parece que.... ?

- No lo dude vuestra reverencia; los comentarios

no cesan en el campamento, y el mal ejemplo, bien sabéis cuán pernicioso es....

- Bueno sería hablarle de estas cosas al General.
- A vuesa reverencia toca hacerlo, como su capellán.
- Pero yo no me atrevería á tomar semejante determinacion que pareciera atrevimiento!
- Aquí cabalmente viene nuestro padre Bequejada, - exclamó Mouralve, con quien podiais consultar estas cosas de conciencia!
- Oh! si él quisiera ayudarme, no tendria inconveniente en cumplir con ese deber.

En eso se acercó el fraile y pusieronle al corriente de lo que les ocupaba.

- Os conferaré, - dijo, despues de haber escuchado lo que le decian, - os conferaré que en dias pasados me tomé la libertad de hacerle al General algunas reconvençiones....
- Y qué os contestó?
- Jamás le ví tan enconado! Valgame Dios! hue de cosas no me dijo! Entre otras preguntóme que si no sabia que él era alemán, hombre honrado y muy cristiano viejo; añadiendo que los españoles no teniamos embarazo en calumniar

los afectos más puros porque no los comprendían, y que era preciso que respetáramos sus sentimientos, - acabando por decirme tantas y tan buenas cosas ~~de~~ que me convenció de que era un santo.

Monsalve replicó entonces:

- Todo eso será así, pero yo creo que si él ama à su protegida como debe, tiene la obligación de casarse con ella.

- Casarse con ella! exclamó atónito el fraile.

- ¿Y por qué no?

- Los europeos no tienen gusto en casarse con Indios contestó el otro.

- Se equivoca, vuesa merced, y en la Española y en Jamaica he visto españoles casados con indígenas y se decían muy felices.

- En cuanto à eso, en Méjico también he visto yo ejemplos muy respetables, dijo el bachiller.

- Así será, - contestó el fraile, - pero yo no me vuelvo à entender con el General, porque de seguro lo llevaria à mal.

- Y yo menos! repuso el bachiller, en tanto que iba cogiendo una à una sus manras galli-

-nas

y metiéndolas en una jaula en unión de su sultán. En seguida las entregó á un criado de su confianza, con la orden de no desampararlas hasta que él no fuera á relevarle.

Monsalve contemplaba afligido el mal éxito de los esfuerzos que hacía para poner una barrera imparable entre su Catalina y Federomann.

- Entonces, dijo nuestro héroe al cabo de un momento; no les parece á sus mercedes que sería bueno dar á entender á la india que está en el deber de exigirle al General que se case con ella?

- En eso no tengo inconveniente, contestó el padre, y dirigiéndose al bachiller le preguntó si le parecía bien que fuesen juntos á hablar con Gracia.

- Con gusto haré lo que manda vuesa merced; contestó el bachiller con su natural amabilidad y mansedumbre.

Fueronse los tres á buscar á Unarina á su rancho. Hallaroula aparte de las otras indias y sumida en tan honda contemplación que

no oyó las piradas de los que se le acercaban.

- En qué piensas, amigueta? le preguntó el fraile, parándose frente à ella.

Unarina levantó los ojos confusa, y bajándolos dijo en seguida:

- Acordábase de las palabras de mi Señor y amo cuando fui à llevarle su parte de leche y frutas que traje del monte.

- De quien hablas? preguntó Mouralve.

- De mi amo, el General.

- Sentate, dijo el fraile, que hemos venido los tres à hablar contigo.

Tomó asiento el padre Bequejada sobre un tronco de palma que había frente à la puerta de la habitación de la nueva cristiana, en tanto que ella permanecía un tanto suspensa y confusa, entre encojida y arrodillada bajo el dintel de la puerta.

- En primer lugar, dijo el fraile, dime qué fue eso que te dijo el General?

Unarina bajó otra vez los titilantes ojos y no contestó.

- Es por ventura algun secreto?

- No sé qué es secreto... Lo que mi amo ^{de} jome fue que me llevaria en su compañía lejos, muy lejos, mas allá de aquestos llanos, en donde el será poderoso Cacique.

- No te he instruido, dijo el bachiller con dulzura, y enseñado que una cristiana no debe ^{irse} sin incurrir en la cólera de Dios, con un hombre extraño á ^{de} ménos que sea su esposo?

- Si; tu enseñar y yo entender muy bien.

Pero el General es mi amo y yo su sierva. Unare, mi abuelo, me dió al General, y tu sabes que en mi isla no tenia todavia esposo y amo.

- Así se manearia una pagana y idólatra, repuso el padre Bequejada con severidad, pero tu, Gracia, no debes hacerlo porque eres cristiana.

- Y qué hacer yo? pregunto temblando la pobre india.

- Decirle á tu señor y amo que no puedes continuar en su compañía si no te hace su esposa segun las leyes de la Iglesia.

Evidentemente Unarina no comprendió

las palabras del fraile y volviéndose al bachiller Verdejo que le inspiraba mas confianza le volvió á preguntar con angustia.

- ¿Qué hacer yo?

- Decirle á Federmann, contestó este, que es preciso que el padre Piquejada ó yo os echemos á él y á ti la bendición....

- La bendición! ¿para qué?

- Porque así quedarías ligada á él siempre, ^{ij. no} podria nunca despedirte de su canej aunque te vuelvas vieja y fea.

- ¿Esa bendición es como en misa? preguntó Umarina con los ojos más brillantes y deslumbradores que antes.

- Sí.

- Entonces ya está echada, dijo ella con aire satisfecho.

- ¿Y eso cómo? preguntáronle

- Sí, - ya está la bendición, porque la última vez que tu merced dijo misa yo estaba adelante junto á mi señor y al echar la bendición nos miraste á ambos.

Sourrieronse los tres españoles y el bachiller dijo:

- ¡jo!

- Eso no basta, Gracia; es preciso rezar como cuando se bautiza y que tanto el amo como la sierva digan con su entera voluntad que quieren vivir juntos hasta la muerte de uno de los dos.

- El lo dirá, el lo dirá! exclamó la india, porque me lo dijo á mí así como tu dices.

Y levantándose del sitio en que estaba corrió desalada hacia el rancho que ocupaba Federmann; pero sucedió que en ese momento salía el General, conversando con el sargento Miguel Holguin, el capitán Luis Lanchero y Pedro de Limprias, los que habían ido á avisarle que los soldados enviados á una descubierta por el lado del río Apure, acababan de regresar asegurando que habiendo cesado enteramente las lluvias, la inundación había bajado y podían al día siguiente no más continuar su marcha.

Por supuesto Unarina no se atrevió á dirigir la palabra á Federmann en aquel momento y le dejó pasar sin hablarle, volviendo otra vez mohina y confusa á u-

con sus interlocutores, los que la edificaron dándole á entender que si su Señor no ofrecia casarse con ella inmediatamente, ella incurria en la cólera celeste y seria cruelmente castigada en este mundo y quemada en el infierno durante toda la eternidad.

Aterrada y llena de espanto se acercó al fin esa noche Unarima al General, que sentado en un lugar fresco respiraba el aire nocturno, caviloso y absorto en su pensamiento. Los que estaban por allí cerca la vieron hincarse en el suelo diciendo:

— No me desfallezca tu favor amo mio, pero hoy tengo de pedirte una merced muy más grande que todas las que hasta ahora me has hecho.

Y en seguida apartándose los dos á un lugar más distante, viéronlos platicar larga y acaloradamente; retirándose al fin Unarima con aire lastimado y embargados el ánimo y la voz, y volviéndose Federmann á su choza con encendido rostro y ademán grave y adusto.

Habia resuelto el General emprender camino al día siguiente muy temprano, deseando no perder un solo día de verano y al mismo tiempo temeroso de encontrarse con Jorge de Espira, de quien habian obtenido noticias y á quien absolutamente no de seaba ver ni recibir órdenes suyas. Así fué que antes de que aclarase el día ya estaba en marcha la tropa de descubierta al mando de Pedro de Limpias, llevando ademas la jauria de perros de presa, los que siempre iban adelante, y quedándose atras Federmann con el grueso del ejército.

Cuando se empezaban á poner en marcha y Federmann daba sus últimas órdenes, vinieronle á decir con grande alarma que el rancho de Marina estaba vacío y que tanto ella como el cieguecillo y las indias que la servian y acompañaban habian desaparecido de todo el campamento, y segun las señales que habian encontrado debian de haberse huido desde medianoche.

Alarmóse Federmann sobre manera con tan infausta noticia é hizo mil averiguaciones entre los indios; pero, ó estos no quisieron decir cosa alguna, ó en realidad nada sabian, y así se pasó mucho rato sin saberse que determinacion deberia tomarse. Sin embargo Unarina no se habia ido adelante con el destacamento de Pedro de Limpias, como se creyó en el primer momento; al contrario halláronse señales inequívocas de que se habia fugado por el camino de regreso á Barquicimeto.

Decidido á no abandonar á la albina de ninguna manera, Federmann mandó que continuara toda la tropa su marcha siguiendo las huellas de Pedro de Limpias y que fuesen á acampar en las orillas del rio Apure, mientras que él con algunos soldados valientes y de su confianza se devolveria hasta hallar viva ó muerta á la india Unarina.

En el momento en que iba á montar se le acercó el padre Requejada y le dijo:
— Habláisteis con ella anoche, segun me han

dicho, General; de qué trató vuestra merced con Gracia en esa conferencia de la cual salió llorosa y afligida?

- Bien hacéis en preguntármelo, contestó el otro con acento irónico, pues ella no hizo sino repetirme la lección que os tomásteis la pena de enseñarle, con suma perfección.

- ¿Qué lección, General?

- Bien disimulais, padre, contestó Federmann, puesto que preguntais lo que sabéis más que yo. Me exigió, atradió con aire enconado, me exigió la cuitada que me casara con ella.

- Bien hizo; y vos qué le dijisteis?

- Vivè el cielo! rehusé por supuesto; mi sangre hidalga no es para unirse à la de una india salvaje!... Pero hoy, padre, hoy daría, no digo yo mi mano, sino mi vida por tener la dicha de hallarla y volver à ver esos ojos como no los tiene mujer que yo haya visto en el mundo.

Y al decir esto montó y se alejó al galope con su escolta.

457
142

Capítulo X. El Río Apure.

Yel verano llegando hizo via
Entre el río Apure y el Sarare
Adonde halló gente caquetia.
Tomaron unos indios que dijeron
Que Jorge Espira daba ya la vuelta.

(Castellanos. Parte II^a)

Era medio día cuando la tropa llegó á las orillas del Apure, río tan caudaloso que un poco más abajo de aquel sitio, nude cerca de 500 varas de anchura (1). El camino imaginario que habían seguido estaba bastante anegado todavía, por lo que hubieron de hacer pasar los caballos á nado en varias partes; pero la jornada no fue tan trabajosa como habían pensado, gracias á la buena voluntad de un indígena de aquellas comarcas que se ofreció á guiarlos, acaso más bien por salir de tan incómodos huéspedes que por caridad.

Bien que las inundaciones habían bajado, el invierno no había cedido enteramente

(1) Humboldt - Viaje á las Regiones equinoxiales.

y el río estaba grande y agitado. No hacia una hora que estaban en aquel sitio, cuando repentinamente se formó una tempestad la que bajó por la márgen del río con una velocidad asombrosa; y aunque la lluvia no era muy copiosa los truenos resonaban en aquellas selvas como cañonazos, semejando un ruidido combate de artillería de una à otra ribera. Sin embargo, calmóse el temporal tan repentinamente como habia empezado, y media hora despues se restableció la calma en los elementos tan completamente, que el sol ardia con la misma violencia sobre la blanca arena de la orilla del río y quemaba literalmente los pies de nuestros viajeros.

Una multitud de caimanes que yacian cubriendo la playa con sus asquerosos y escamados cuerpos, saltaron al agua al oír el rumor de la tropa que se les acercaba, pero no alcanzaron à huir tan rápidamente que dejaran de verles los caballos, los que no habiendo tenido ocasion de ver ántes tan horribles animales se

asustaron tanto que con dificultad pudieron los soldados impedir que huyeran desprovistos.

Disgustóse mucho Pedro de Limpias con la orden que llevaba de ranchar en tan mal punto, porque el terreno era anegadizo y plagado de toda suerte de insectos y animales ponzoñosos que viven con preferencia entre las palmas moriches, casi la sola vegetación que se encontraba en aquella ribera, bien que á cierta distancia y en terreno más seco se veían selvas interminables compuestas de árboles gigantescos entretejidos con bejicos que los unen de tal manera, que ni hoy día se atreve el hombre á penetrar por en medio de semejantes espesuras. (1)

Después del aguacero el calor creció de suerte que se hizo casi insuportable, y muchos de los soldados, despreciando los consejos de los indios, se empeñaron en bañarse, pero á poco rato salieron del río aterrados y medio locos habiendo sido víctimas de

(1) "Geografía de Colombia", - publicada por Felipe Pérez.

de los ataques de los torpedos ó gimnotos que les causaron una conmoción eléctrica tal al enroscárseles en los pies, que estuvieron muchos de ellos á punto de ahogarse (12)

Además de estos enemigos encontraron en el río tambien un pez tan furioso y hambriento que despues llamaron Caribe que ananca los pedazos de los que se bañan en aquellos rios, y apenas se derraman algunas gotas de sangre entre el agua cuando aparecen á millares y atacan al herido hasta comérselo vivo sino sale prontamente del agua, bastando algunos momentos para llevar á cabo la obra. Apesar de ser pequeños, pues apenas se miden unas cuatro ó cinco pulgadas de largo, son en aquellos parajes más terribles que los

(12) Estos animales son anguillas eléctricas que miden hasta tres pies de largo y son de un color verde manchado; llenan los órganos eléctricos dos tercios del pez, y tan fuerte es la descarga de su aparato defensivo que produce, dice Humboldt, un dolor muy agudo y adormecimiento en todo el cuerpo, padeciéndose todo el dia dolores en las articulaciones.

animales feroces que pueblan ^{los} aquellos parajes. (1)

Entre tanto los que habian quedado en tierra estaban sufriendo de otra manera, así por el calor intenso que no les dejaba casi respirar como por las nubes de mosquitos / que llaman en algunas partes gegenes / cuyas picaduras les causaban una irritacion tan violenta en todo el cuerpo que no les dejaba un momento de reposo. Los gegenes (2) empiezan su tarea á las seis y media de la mañana y duran en ella sin interrupcion todo el dia hasta una hora ántes de ponerse el sol, entonces se eclipsan para dar lugar á otra especie de mosquitos que llaman en las tierras calientes tempraneros / porque aparecen tambien por la mañana al salir el sol / estos á su vez se ocultan entre las siete y las ocho de la noche, hora en que se goza una tregua de media hora, y en seguida se presentan los rancudos, los que llegan en batallones cerrados formando una espesa nube que se cierra cantando victoria sobre sus victimas. A

(1) Humboldt, "viaje á las regiones equinociales.

(2) id id id id.

média noche, causados ya de su faena, se retiran algunos y su número disminuye, aunque siempre quedan muchos gozando de la cena; al cabo de dos ó tres horas de un reposo relativo vuelven otra vez en ejércitos más y más numerosos y con un apetito feroz, y es tal la cantidad de estos insectos que literalmente se oscurece el aire y se oye á lo lejos el rumbido. Cuando empiezan las primeras claridades del día los tempraneros relevan la guardia, reemplazándolos el gegen de que hablamos primero.

En union de los mosquitos la tropa de Federmann encontró en aquella orilla gran número de insectos venenosos que se arrastraban y corrían por los arenales, subían y bajaban por los troncos de las palmas morichas. No podían levantar una piedra ó remover la arena sin que vieran salir de la tierra algun enorme alacran con la amenazante cola erguida, ó una undosa serpiente ó culebra de colores variados y formas diferentes; enormes arañas

cubiertas de asquerosos pelos blanquecinos, hormigas venenosas, gusanos, avispas, tábanos, que atacaban con furia a los caballos, cien pies, lagartos y cincuenta especie de otros animales más, que causaban aprehensión, asco, horror y miedo hasta a los mismos soldados que mas habian viajado por climas semejantes. Esta plaga de enemigos impedia hasta que pudiesen admirar las bandadas de pájaros, que volaban ya de su peregrinacion anual durante la estacion de las aguas, y la gran variedad de extrañas y bellas mariposas que tachonaban el suelo.

Cuando llegó la tarde y cerró la noche ya habian preparado grandes candela-
das para guarecerse de los tigres, boas y otros animales dañinos que abundan tanto en aquellos parajes, tanto que los indios que llevaban conmigo decian que raro seria si a pesar de las hogueras no lo graban llevarse alguna persona o animal de los que habia en el campamento.

Antes de que saliese la luna vieron apare-
 -cer en aquel bosque millares de cocuyes, y ade-
 -mas en las partes que no iluminaban el fue-
 -go de las candeladas presentaba el suelo un
 aspecto tan extraño, merced á la descompo-
 -sicion de las materias vegetales, que parecia
 cubierto con un manto de plateada luz fos-
 -fórica. (1)

Apénas estuvo la noche bien cerrada o-
 -yóse sonar á lo lejos la voz semible de to-
 -dos los animales que despiertan en la oscuri-
 -dad, como los tigres, jaguares y panteras,
 y el garrnido de los pajaros nocturnos u-
 -nido al chillido ensordecedor de las chicharras
 y al rumbido de los rancudos. Además, otro
 ruido extraño les llamó la atencion por el
 lado del rio: oyeron el sonido de cuerpos pe-
 -rados que iban saliendo del agua uno á
 uno. Eran nada menos que los caimanes que
 habian huído á la llegada de los españoles,
 pero que atraídos por la luz, como sucede con
 todos los animales acuaticos, llegaban á ella
 lo más cerca que podian y se tendian en

(1) Geografía de Venezuela por A. Codazzi.
 ©Biblioteca Nacional de Colombia-Instituto Caro y Cuervo

en hileras sobre la arena de la playa con los ojos fijos en las hogueras. Además de los caimanes vieron también acercarse tímidamente, saliendo del agua, una tropa de animales de una forma tan extraña que estuvieron por creer que eran sirenas ó mayades. Eran animales de 10 á 15 pies de largo, y de color ceniciento y llevaban muchos de ellos sus crías entre dos miembros como brazos ó aletas. Alóntos los soldados se acercaron á estos animales, sin que ellos procurasen huir, y vieron entónces que andaban por pares, pero que todos pertenecían á una gran tropa que viajaba unida, y que dijeron los indios ^{que} probablemente, merced á las crecientes, habían subido por las bocas del Apure viniendo del gran río Orinoco. Dieron los naturales que viajaban siempre unidos y se defendían y ayudaban unos á otros, siendo tan buenos padres de familia que el macho y la hembra criaban y lidiaban juntos sus hijos, y la madre los nutría con su leche en tanto que el padre les buscaba tiernas cortezas de mangle y otros alimentos que sin du-
- da

ellos consideraban delicados. (1)

En union de los medrosos rumores de las selvas los atormentaron toda la noche los ahullidos angustiosos de los perros que comprendian el peligro, y ya no ladraban sino que se quejaban dolorosamente durante toda la noche, impidiendo que durmiese ninguna persona del campamento, por lo que todos aguardaban con ahinco la salida del sol que habia de poner fin a una situacion tan horrible.

(1) Este curiosisimo animal que llamaron los españoles Manatí, - porque tenia ciertas aletas terminadas como manos, - pertenece a la familia de los cetáceos. Son de tan buen natural que el padre Gumilla cita ^{dice que en una ocasión} un hecho de como llevaron llevaron un manatí a Santo Domingo; siendo tan manso que se dejaba acariciar, conocia el nombre de Matto que le habian puesto y permitia que se le subiesen encima para atravesar el lago en que vivia. La carne del manatí es tan buena como la de la vaca, la grasa que se le extrae no se corrompe fácilmente y la leche tiene un sabor agradable. (D'Orbigny: "Historia Natural")

Con la luz del día volvió un indigena que Pedro de Limpias habia enviado a una aldea de indios a buscar noticias de Jorge de Espira, y trajo la nueva de que el Gobernador se acercaba por aquellos parajes de vuelta ya de su excursion, y que si no pasaba la tropa prontamente el rio corrían el riesgo de encontrarse con él, cosa que Limpias sabia que Federmann deseaba evitar a todo trance. Así resolvió pasar el rio inmediatamente con el grueso del ejército, pensando que el General los alcanzaria durante ~~el paso del rio con la tropa por encima~~ ^{el paso del rio con la tropa por encima} ~~era cosa que era cosa nada facil ni comoda~~ en aquel punto.

Se dispuso pues, que ayudados de los caballos se pasase a vado y nadando poco a poco disparando descargas de los mosquetes para espantar los caimanes y demas animales que pudiesen hacerles daño durante la travesia. Solo quedaron en las aguas, victimas probablemente de los caimanes algunos perros, de los que llevaban, y aun lamentaban su perdida los dueños de ellos cuando vieron aparecer a todo correr a Federmann en el confin de la selva

llevando al anca de su caballo a la cautivada Unarina, haciendo otro tanto con las indias que la acompañaban y el cieguillo los soldados que el General había llevado consigo.

Aclamaron todos llenos de contento la llegada del General al campamento, y como ya hubiesen parado todos Federmann se metió al río con la albina seguido de sus compañeros; pero al tiempo de entrar al agua uno de los soldados que llevaba la sirvienta favorita de Unarina, el caballo se asustó y trató de corcobear, viendo aquello la india se bajó de la montura con la intención de pasar a nado, quedándose atrás. De repente los que estaban en la orilla notaron que la perseguía un caiman y que el monstruo la asaltó agarrándole un brazo con los dientes, pero ella que estaba enseñada a esas luchas y era intrépida nadadora tuvo la suficiente serenidad para meterle los dedos de la otra mano entre los ojos del caiman, y la violencia del dolor le obligó a soltar su presa, en tanto que la india, con un brazo despedazado, se dirigió nadando hacia la playa perseguida no ya por el caiman, sino por una nube de peces

caribes, los que habiendo olido la sangre la rodearon al momento para devorarla (1)

Recogieron a la desgraciada cuando llegó a la orilla exánime y casi desmayada. Unarminia se apresuró a socorrerla, y cuando la hubieron curado las heridas, ^{se apresuraron en que la llevaran} llevaronla en aquella jornada en una camella de ramas. Llegaron al caer la tarde a una aldea de indios caquetios, pero antes de entrar dentro de ella Federmann mandó adelante una descubierta a mando de Pedro de Limpias para tomar lenguas y avisar si aquellos indígenas estaban bien dispuestos.

Desgraciadamente los españoles no pudieron reprimir su inclinación al pillaje, de manera que, dice fray Pedro Simón, "después de haberles quitado cuanto pudieron haber a las manos los avisparon, deramparando sus casas y huyendo al monte. Así fue que cuando llegó Federmann con el grueso del ejército tuvo la pena de encontrar la aldea enteramente vacía. Para castigar el mal comportamiento de sus soldados el General no quiso descansar en aquel

(1) Refiere Humboldt en sus "Viajes" un hecho semejante al que se relata en el texto.

pueblo, y temeroso de encontrarse ^{con} su Gobernador repasó el río nuevamente en un punto llamado Tarare, el que con el Uribante forma el Apure.

En este paso tuvieron la desgracia de perder ahogado à un español (2). Mas lejos ranchearon en otro pueblo tambien abandonado en masa por sus habitantes, no quedando sino una india vieja que no pudo por su flaqueza seguir à los suyos à las selvas.

Aquí resolvió Federmann dejar à la india mordida por el caiman, porque no podía soportar las fatigas del viaje, siendo sin duda esta misma la que encontró Jorge de Espira despues y le dio cuenta de Federmann, de su gente, y muchos pormenores de lo que en el ejército se decia, cosas que dieron à conocer à Espira que su Teniente General no tenia intencion de recibir órdenes suyas ni obedecerle.

(2) Aunque los cronistas no mencionan el nombre del ahogado, llamandole solamente un Secretario de Federmann, como despues no vuelven à hablar del Capitan Martinez, ^{que en este caso} es posible que hubie-
se sido este valiente jefe la víctima.

El viaje por los Llanos

Proceden más á su descubrimiento

Hacia do tiene Punto nacimiento.

(Castellanos - Parte II)

Federmann no habia logrado obligar á Unarina á que se devolviese al Campamento voluntariamente sino ofreciéndola, como caballero, que en primera oportunidad la haria solemnemente su esposa. Pero el viaje continuaba con vária fortuna y se paraban los dias, y el padre Bequejada, á quien Unarina habia referido lo sucedido con Federmann, volvió á buscar á su General y hablóle de nuevo del asunto.

Escuchólo Federmann con aire digno, con testándole con altivez:

- Lo he ofrecido, padre Vicente, y yo jamás deyo de cumplir lo que prometo; pero bien veis que nuestra situacion es muy precaria, que sin cesar nos aquejan los trabajos, las hambres y toda suerte de necesidades; así me parece que este no es tiempo de pen-

-sar

en bodas, — preciso es antes ~~de~~ llegar a' algun lugar en donde podamos con toda calma celebrar un acto religioso digno en lo posible de mi posicion como jefe de una tropa tan valiente y merecedora de grandes cosas.

— Yo no dudo que intentéis cumplir vuestra palabra, contestó el buen fraile, pero la suerte es varia y Dios sabe si en una de estas aventuras que amenazan diariamente nuestra vida no dejéis la vuestra, señor, sin haber podido cumplir lo prometido; así yo os aconsejaria que no lo dejarais para despues.

— Os lo juro, padre, que esto será hecho en primera ocasion, y entre tanto os suplico que no dejéis de instruir y enseñar a' Unarima...

— Gracia, interrumpió diciendo el buen fraile.

— A Gracia, — repuso Federmann, instruídla en todas aquellas cosas propias y dignas de la que será esposa ante los hombres y ante Dios, del futuro Gobernador de Venezuela.

Cuando Federmann decia que su situacion era precaria y trabajosa no mentaba, porque despues de pasar y reparar el rio Sarare y di-

— vigirse

a los Llanos, habian llegado a unas lagunas (llamadas despues de Arechona y Caocao) que tuvieron gran trabajo en pasar, dejando en ellas probablemente muchas vidas, porque (1) aunque de poca agua eran dificultosas de vadear por ser tan lamoras y llenas de cieno que los caballos y soldados de a pie se enterraban en ellas cuando menos lo pensaban.

En las márgenes de aquellas lagunas encontraron muchas poblaciones cuyo principal alimento era el pescado que sacaban de las ciénagas, pero no eran tantos los peces que por allí habia que pudiesen alcanzar para la hambrienta tropa de españoles y su séquito; los que, creyendo que los naturales habrian ocultado muchos alimentos y otras cosas que necesitaban, no dejaron rincón ni matorral que no trastornaran. Sucedió que andando por entre los manglares, juncáles y espadanas encontraron muchas ropas de manta de algodón hilado con alguna curiosidad y finura y de muchos colores, así como ovillos muy

(1) Fray Pedro Simón.

muy grandes y madejas de hilo de algodón, cosas que a aquellos desgraciados indígenas habían querido ocultar á la rapacidad de los Conquistadores. Pero tampoco libraron esto, porque los españoles nada de lo que topaban dejaban en su lugar, pareciéndoles que de todo tenían necesidad.

Después de pasar estas ciénagas, -desparramaderos del río Sarare, - Federmann continuó su marcha retirándose de las cordilleras é inclinándose hacia el Sur, en busca de las orillas del afamado río Meta, que tenía tantas riquezas, según se decía entonces, - y entró de lleno á los Llanos, perdiendo enteramente de vista las serranías. (2)

Ya para entonces había entrado el verano con toda su fuerza y lucía el sol de Noviembre en todo su esplendor (1537). La yerba verde había desaparecido por completo en aquellas llanuras interminables, salvo en los pantanos

(2) El itinerario que hemos seguido en esta parte del viaje de Federmann ha sido el que describe fray Pedro Simón en su "Tercera Noticia Historial," por que este cronista es el que dá mayores y mas extensos pormenores.

infectos que ~~estaban~~ cubiertos de palmas morichas, árbol que conserva su color verde muy vivo, a pesar de las terribles reberberaciones de fuego del sol y los torbellinos de polvo que se formaban en aquellos desiertos, los que extendiéndose indefinidamente formaban un paisaje siempre uniforme y plano, bajo la celeste bóveda de un azul nunca interrumpido por la mas pequeña nube. "La tierra (dice Humboldt) se quiebra por todas partes; el cocodrilo y las serpientes quedan sepultados en el lodo desecado hasta que las primeras aguas de la primavera los despierten de su letargo".

La tierra cubierta de espeso polvo les quemaba los pies, y los alimentos escaseaban tanto que ya no tenían carga alguna los indios que llevaban con el objeto de trasportar las provisiones. Fue preciso entonces sacrificar algunos perros y comerse hasta los caballos que morían de una extraña enfermedad que no comprendían ni podían curar los españoles por no haberla visto antes.

Cuando ya empezaban á desesperarse con

una situacion tan angustiosa llegaron a las orillas de un rio angosto aunque caudaloso y bien provisto de vegetacion. Allí encontraron señales de haber sido habitado aquel lugar y hallaron varios ranchos todavia en pie, aunque se conocia que hacia mucho tiempo que sus pobladores lo habian dejado.

Sentó allí el real Federmann con la intencion de descansar algunos dias de las fatigas del viaje y envió una Descubierta a buscar mantenimientos, lo que surtió muy buen efecto, porque habiendo llegado a algunas aldeas bien provistas que habia más lejos, volvieron con abundantes y frescas comidas. Además supieron por vía de intérpretes, que aquellos pueblos a ~~veces~~ ^{conocidos} ~~habian~~ ^{aparecido} en el rio una disforme bestia de muchas cabezas y tan fiera, brava y feroz que se comia diariamente algunos de los habitantes de los pueblos, y no pudiendo ellos destruirla, prefirieron huir y abandonar sus casas y retirarse a vivir a otra parte.

Aquella nueva causa grande impresion en el campamento y casi todos los soldados cre-

- yeron

á pie firme lo que les decían los indios con tal de que fuese bien maravilloso é imposible.

- Yo lo oi bramar anoche! dijo uno.

- Yo! gritó Andres de Ayala.

- Yo tambien, añadió Fernando Montero.

Y en seguida gran número de soldados aseguraron haberlo oido y aun visto durante las noches que habian pasado en aquel paraje.

- Lo que ha habido estas noches han sido truenos lejanos, por el lado del sur, tempestades secas que debe de producir el calor del verano, dijo Mousalve, que de por sí era poco aficionado á creer cosas improbables.

- Yo os aseguro, dijo Fernando de Alcocer, aunque no habia querido decirlo, que la primera noche que nos quedamos en el campamento, estando de guardia en la puerta del rancho que ocupa el General, y sintiéndome ya muy fatigado y casi dormido, me despertó un ruido extraño y vi salir de entre las aguas del rio una espantable fiera á modo de serpe que me pareció muy horrible porque creí verle más de una cabera..... pero me acor-

- dé

en el momento de hacer la señal de la cruz y la fantasma o bestia desapareció en el aire dando un pavoroso alarido. Me dió á entender que debía de haber sido el diablo en aquella figura, y como temí las burlas de mis compañeros que dicen que yo siempre vivo hablando de diablos y brujas, no quise decir nada entonces, pero lo hago hoy porque hay quien duda de la veracidad de las palabras de los demás. (1)

Todos volvieron á mirar á Monsalve con curiosidad y encono, pues su índole grave y espíritu indagador y amante de la verdad le hacían poco popular entre los soldados del ejército de Federmann, aunque sí era respetado y querido entre los jefes y hombres de juicio.

Acercóse en aquel momento el General al grupo que discutía y como hubiese oído lo que decían preguntó:

- Acaso otro de los que aquí están ha visto u

(1) A este conquistador le sucedió, según afirma Freese en su "Carnero", una singular aventura con las brujas, años después, en Santa Fe. [Página 64]

oído algo de esa fiera de que hablan los indí-
-genas?

Luis Lancharo, aquel Capitan de Guardias de Carlos V^o, de que se habló largamente en el Capitulo VIII de la 2^a parte de la historia, se adelantó entónces y con voz grave y ademán altivo dijo:

- Yo no pretendo explicar tan extraños hechos como aquí se refieren, pero tambien he visto algo que no parece sino que el mismo diablo anduviera suelto por estas tierras de idolatras. Estando anoche profundamente dormido en mi hamaca, en médio de mis compañeros, desperté sobresaltado, viendo acercarse por el lado del rio un par de ojos de fuego tan grandes y pavorosos que me quedé de una pieza y creí los míos poniendo al mismo tiempo mis pensamientos en la milagrosa Imagen de Nuestro Señor Jesucristo que me regalaron en Roma y que nunca me desampara.... Algunos segundos despues alcé otra vez la vista, aguardando ver casi encima aquellos horribles ojos que había visto venir, pero

este espectáculo endemoniado ya no estaba por allí, y solo vi á mi lado á dos de los soldados de la ronda con antorchas, á quienes pregunté si habian visto alguna cosa; pero ellos me dijeron que ^{no} habian notado cosa digna de atención porque ni siquiera habian mirado hacia el río. Volvíme á quedar dormido dando gracias á Nuestro Señor Jesucristo que me habia librado de las acechanzas del demonio, y lo único que puedo añadir es que esto que os he referido es la verdad y que durante toda mi vida allende el mar jamás habia visto cosa más asombrosa y fiera.

Acercáronse entónces otros muchos y agrupándose emperaron cada uno á referir á porfía mil aventuras pasmosas que les habian sucedido á ellos y á sus conocidos, ya en Indias, ya en Españas en Flándes.

Cansado Federmann de oír tanto desatino tomó el brazo á Monsalve, cosa que en mucho tiempo no habia hecho, y se alejó de sus soldados; conversando los dos fuérouse

á buscar los oficiales para dar orden de levantar el campamento al día siguiente, pues Federmann comprendió que el miedo no es provechoso en un ejército sea de cosas reales y verdaderas ó de fantasmas é imaginaciones.

Entonces por primera vez desde su llegada al campamento, de regreso de Coro, el alemán quiso hablar con Monsalve de aquello que más le interesaba, y este tuvo la dicha de encontrar que su General era tan caballeroso y honrado como lo aparentaba, cosa que no sucedía entonces ni sucede hoy día. Viéndole tan enamorado de Uvarina y tan olvidado de Catalina de Pineda, Monsalve le juró en su corazón una amistad eterna, y aunque nada le dijo, pensó que no habría sacrificio que no fuese capaz de hacer para darle gusto á Federmann salvo, eso sí, el amor de la hija de don Juan de Pineda, pues en medio de aquellas soledades sentía acrecentarse en su corazón aquel afecto profundo y verdadero que le daba ánimo en medio de los peligros, y embellecía sus sueños en lo porvenir con una luz y un brillo

que hasta entonces no habia experimentado durante su triste y opaca juventud.

A pesar de que aquella noche pocos fueron los que durmieron tranquilos en el campamento español, nada sucedió digno de referirse, y antes de rayar el alba se levantaron todos deseosos de ir a pasarlo mejor en cualquier sitio que no estuviese, como aquel parecía, maldito de Dios y visitado por el diablo o algún emisario suyo.

En tanto que sucedían estas cosas se habían parado los días, las semanas y los meses y había llegado el año de 1538. A poco de haber dejado el pueblo abandonado, Federmann dispuso que debían tornar hacia la Cordillera nuevamente, pues en todas las poblaciones por donde habían pasado oían hablar de ciertas naciones en que decían ^{que} había reyes muy ricos y en donde las gentes andaban vestidas. Además, empezábase a percibir las primeras señales del segundo invierno por aquellos Llanos, porque con frecuencia se veían explosoncillas eléctricas y resplandores fosfore-

por el lado del sur, oíanse también truenos lejanos y acometíanlos repentinos chubascos, seguidos de esperas, nieblas y vapores y brisas comparativamente frescas. Era, pues, indispensable huir de las inundaciones y buscar las faldas de las sierras, si no querían correr el peligro de morir todos ahogados en aquellas desamparadas llanuras.

Adelantóse Pedro de Limpias como lo tenía por costumbre, para ir con un destacamento á descubrir algún sitio propio para que el grueso del ejército pudiese pasar el invierno descansadamente.

Limpias llegó á los pocos días á las orillas de un río llamado Pauto, en donde halló gran número de pueblos que tenían abundantes sementeras y comidas, y entre otros uno que estaba situado en un lugar ameno y fértil, poblado con gentes de buen carácter que cuidaban con esmero sus plantaciones y árboles frutales (1)

(1) En este sitio se estableció después una población, la que abandonada después por los españoles pasaron á fundar mas lejos la actual

Despachó este capitán 8 soldados al mando de Juan Fuerte á que se devolviesen á caballo hasta en-contrarse con Pedernacu, quien andaba muy despa-
-cio á consecuencia de los enfermos que llevaba en carandas, que eran muchos, y que en seguida le quiasen hasta el pueblo llamado de Bacoa que era donde le aguardaba Limpias. Pero Juan Fuerte y sus compañeros se ocupaban con pre-ferencia del robo y las depredaciones que del-
-bien de sus compañeros de armas; por lo que en vez de volverse pronto á buscar á su Gene-ral, entretuviéronse asaltando las poblacio-
-nes más indefensas que encontraron á su pa-
-so (faltando al reglamento del ejército) y robando cuantas muestracillas de oro y mantas tenían aquellas tribus. Pero en medio de esto recordando que eran solamente 8 contra naciones ente-
-ras, y podían correr el riesgo de perder sus vidas en la demanda, se devolvieron repen-
-tivamente al campamento de Limpias con un pretexto especioso. Pero Limpias comprendió la traza de los soldados y descubrió prontamente

Capital del Territorio de Caranare: Moreno.

el motivo que habian tenido para devolverse, pero no les dijo cosa alguna, sino que mandó otros 8 al mando de Albuso de Blalla, los que no habiéndose ocupado sino en cumplir las órdenes que tenian, en breve se unieron al ejército y volvieron con él al pueblecillo en donde los aguardaba Pedro de Limpías.

Sin embargo este capitán quiso hacer un ejemplo en aquellos soldados desobedientes, y reuniendo todo el ejército dió cuenta á Federmann de lo que habia sucedido y con licencia del General les quitó todo lo que habian robado y que tenian oculto, y lo dió á los 8 soldados que en lugar de ellos habian cumplido con su deber. Además les impuso la pena de que en las jornadas que despues hiciesen cada uno de ellos debería prestar por 30 dias su caballo á algun enfermo. (1)

Alojóse el ejército cómodamente en el sitio tomado por Limpías, en donde los dejaremos por ahora descansando.

Fin de la Tercera parte.

(1) Fray Pedro Unión - "Tercera Noticia Historial"

Fiedermann -	Pag.
Capitulo I - Unarima - - - - -	318
Capitulo II - El campamento en el Focuyo - -	338
Capitulo III - Las victimas y los verdugos - - -	350
Capitulo IV - Francisco Martin - - - - -	366
Capitulo V - Francisco Martin / <u>Continuacion</u> / -	382
Capitulo VI - Francisco Martin / <u>Continuacion</u> / -	396
Capitulo VII - La inundacion - - - - -	412
Capitulo VIII - El árbol de la leche - - - -	428
Capitulo IX - Unarima y Fiedermann - - - -	442
Capitulo X - El rio Apure - - - - -	457
Capitulo XI - El Viage por los Llanos - - - -	470